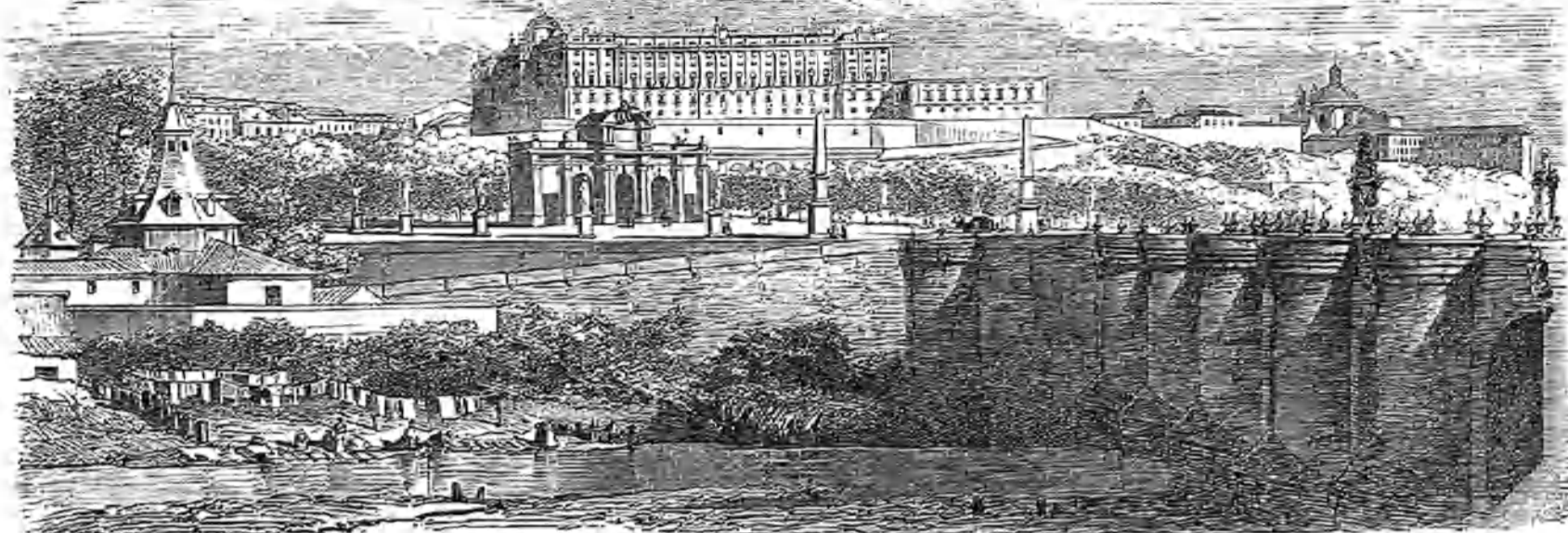


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE AGOSTO DE 1870.

NÚM. 15.

SUMARIO.

TEATRO.—Ecos, por D. J. Eyrolé.—Cultura intelectual y artística de los arabes españoles, por D. V. de Puzosmayor.—Revista monumental y arqueológica, por D. José Amador de los Ríos.—Marruecos. Artículo segundo, por D. Antonio de Saa Martín.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—Oscumbres del siglo XVII. El corral de las comedias (conclusión), por D. Julio Monreal.—Campaña franco-prusiana, por D. Eduardo Mariátegui.—Cañon prusiano de plaza y costa.—El general Carlos Abel Douay.—La Embajada china en Madrid.—Capilla protestante del culto evangélico en Madrid.

GRABADOS.—El general Carlos Abel Douay, dibujo de D. A. Perea.—Los embajadores chinos Chieh-Kuang y San-Chiu-Ku, enviados a España, dibujo del Sr. Pradilla.—Capilla protestante del culto evangélico en Madrid, dibujo del mismo.—Marruecos. Hebreo en traje de fiesta, dibujo de D. Valeriano Bequer.—Estado Mayor general prusiano, dibujo de D. Alfredo Perea.—Estado Mayor general francés, dibujo del mismo.—Guerra entre Francia y Prusia. Batalla de Wisemburgo, dibujo de D. Valeriano Bequer.—El rey Guillermo en el campamento de Katerbantern, del mismo.—Batalla de Forbach, del mismo.—Cañon prusiano de plaza y costa, dibujo del Sr. Carriveto.

ADVERTENCIA.

Como nuestros lectores habrán tenido ocasión de observar, LA ILUSTRACION DE MADRID ha puesto desde su fundación particular empeño en tratar casi exclusivamente de los hombres, las cosas y los sucesos propios de nuestro país, dejando á las publicaciones extranjeras el cuidado de ocuparse de los suyos.

Hoy nos desviamos de esta línea de conducta para tratar



EL GENERAL CARLOS ABEL DOUAY, MUERTO EN LA BATALLA DE WISEMBURGO.

preferentemente de la guerra entre Prusia y Francia; suceso cuyas consecuencias han de alcanzar á Europa entera, y que por lo tanto tiene el privilegio de interesar á todas las naciones.

Encontrándose en el teatro de la guerra nuestro querido amigo y compañero D. Isidoro Fernández Florez, que á sus brillantes dotes de literato reúne condiciones estimables de artista, y habiéndose encargado de reasumir todas las correspondencias y noticias de la quincena en una concienzuda y animada revista de la guerra el reputado é inteligente ingeniero militar D. Eduardo Mariátegui, creemos que LA ILUSTRACION DE MADRID podrá, si no competir, mantenerse á una decorosa altura junto á las importantes publicaciones ilustradas, que así en España como en el extranjero han de ocuparse en primer término de este asunto.

ECOS.

Los hombres son unos niños más ó menos mimados por la suerte: unos niños travessos á quienes Dios ha dejado solos en la tierra mientras se ocupa en componer y mejorar la vieja máquina del mundo.

¿Y qué es la tierra?

El parque de la creación: así se explica el peligro constante en que vivimos; somos niños locos encerrados en un parque.

Un día descolgamos las espa-

das; otro descubrimos el depósito de la pólvora; mañana un fulminante cuya molécula más leve puede volcar un edificio.

La tierra está perdida si Dios no se acuerda de los hombres.

Y los he llamado niños, porque pasan la vida entregados a toda clase de juegos.

Juegan á la bolsa.

Juegan con el vocablo.

Hacen que juegue el telégrafo.

Y juegan la vida á cada instante.

Para que se comprenda bien la alegría que retoza siempre en el corazón humano, voy á poner un ejemplo:

Se está dando una batalla, y el general X... muere sus fuerzas en distintas direcciones; cualquiera sospecharía que el bizarro general intenta hacer un sangriento destroz; pues nada de eso: prepara una diversion al enemigo.

Otro ejemplo:

En sentido figurado, las batallas deberían llamarse tormentas humanas, erupciones de odio ó niágaras de sangre, y sin embargo, tienen un nombre completamente agradable y ameno.

Se llaman funciones de guerra.

Europa se halla entregada por completo á este dulce entretenimiento.

Los banqueros sólo hablan de operaciones estratégicas.

Los agricultores de campos de batalla.

Los accionistas de acciones de guerra.

Los matemáticos de divisiones militares.

Los músicos de voces de mando.

Y los naturalistas de águilas francesas.

Tal es la preocupación general acerca de la guerra, que apesar de mis esfuerzos no puedo librarme de su influjo.

En este mismo momento estaba calculando las vendas que se necesitarían para envolver un cuerpo prusiano.

No suelo jugar al tresillo en una camilla sin creer escuchar los lamentos de un herido.

Y un amigo mío, muy francés, y cuya hija, Paz, está ausente, no quiere que le hablen de Paz hasta que los suyos obtengan la victoria.

Entretanto, los filósofos lamentan los males de la guerra, y se escriben artículos sentimentales para combatirla.

No puedo menos de aprobar tan filantrópica tarea, pero la pluma me parece débil para atacar á las armas.

La razón que me impide seguir el noble ejemplo de dichos filósofos, es la misma por la cual me abstengo de escribir contra los humezanos, el tifus y la langosta.

Hace muchos años que no estoy conforme con que el mar trague embarcaciones, y los tigres desgarran á las reses y las paredes aplastan á los hombres.

Y sin embargo, nada digo para convencer al mar, á las paredes y á los tigres.

Voy á permitirme, no obstante mi neutralidad, una observación á los filósofos, con el debido respeto.

La guerra nace del choque de opiniones ó intereses.

Suscitar en el mundo una nueva cuestión, aunque sea la de la paz, es dar más alimento á las guerras.

¿No comprenden esos señores que todos sus argumentos son inútiles?

Pero confieso que no son inútiles en absoluto.

Una discusión luminosa y animada puede muy razonablemente concluir á pescozones.

Paul Feval y algunos otros observadores han encontrado en cada hombre analogías con algún animal, y sostienen que hay hombres tigres, hombres jumentos y hombres elefantes.

Si esto es verdad, como sospecho, las ciudades son especie de selvas en que los hombres se devoran mutuamente.

Para convencerse de lo difícil que es regularizar las relaciones de tan diversos seres que viven en contacto, conviene establecer una hipótesis.

Supongamos que por un milagro amanecen dotados de razón todos los animales.

Y es claro, desde aquel día los animales se asocian, establecen un gobierno, edifican teatros, crean destinos, escriben periódicos, pronuncian discursos, se hacen académicos, comerciantes ó vendedores de fósforos, y se visitan, se casan civilmente, bailan, veranean y se baten.

Mientras haya animales delante, el tigre dará al caballo topetadas cariñosas; la hiena se santiguará con res-

peto cuando entre en un cementerio; el toro tolerará que el mastín le lama las orejas y el lobo servirá al chivo de barbero.

Pero figurémonos la suerte de una familia de ratones en cuyo domicilio penetra un gato vestido de etiqueta, si no hay testigos en la casa.

Deploramos la suerte de la gallina que tropieza con una zorra en medio de un camino solitario.

Y compadezcamos al asno que llama á su cortijo á un lobo, famoso veterinario, para que le cure alguna mata-dura.

¿Quién duda que semejante estado social se parecería al de los hombres?

¿Y quién duda que vivir así es sufrir una guerra silenciosa, constante y sin defensa?

Entonces, ¿á qué más guerra que esta guerra?

Pero sería monótono: es preciso que los hombres de vez en cuando saquen el sable y se quiten la careta.

Es conveniente que abandonen la razón y las ciudades, se lancen á los campos y se oculten en el fondo de los bosques.

Las ciencias naturales se han humillado á la ciencia de la guerra.

El magnífico jardín botánico de Colonia ha sido arrasado por estorbar á las defensas de la plaza.

El arte militar se ha vengado de los sábios alemanes, que por espacio de mucho tiempo habian estado echando plantas ante las fortificaciones de Colonia.

El día en que se verificó la traslación de los animales, era de ver á los pobres naturalistas llorando como niños abrazados á un agutis ó un conejo de Indias, cubriéndolos de besos.

Dicen que fué muy tierna aquella despedida de familia, y que un sabio alemán trata de escribir una obra pidiendo los derechos individuales para los animales y las plantas.

Cuando dos ejércitos contrarios se colocan en orden de batalla, parece natural que el espacio intermedio esté desierto; pero en la actual campaña se llena de ingleses al instante.

Ya no se contentan con presenciar la acción desde una altura, sino que toman sus apuntes en la misma boca de los cañones, y se pasean muy tranquilos en medio de las balas.

En el combate de Saarbrück los soldados franceses y prusianos se batían á bayonetazos, interrumpiendo el paso á un inglés tan alto como grave.

Cansado éste de esperar, apartó suavemente las bayonetas diciendo á los soldados:

—Señores, con permiso...

Y sin parar los golpes, prosiguió filosóficamente su paseo.

De modo que á las molestias de la guerra hay que añadir una nueva.

Los ingleses.

Cuando no bastan fusiles para vencer, se buscan cañones ó fortalezas, y en último caso se echa mano de la lengua.

Voy á indicar á los franceses una manera fácil de destruir á los prusianos.

El procedimiento es muy sencillo.

Se pinta una D, se rompe en varios trozos y se remite al enemigo.

Y apenas la reciban, es evidente que los prusianos tendrán una de rota.

No sólo entre los hombres hay historias lamentables.

En el mundo sideral también ocurren catástrofes y desgracias: algunos astrónomos que leen de corrido en el firmamento y descifran todos los signos celestes, cuentan el hecho siguiente:

Muchos años antes ó despues de Jesucristo, es decir, en cierta época incierta, debió existir un planeta hermoso y talludito, que giraba alrededor del sol sin salirse de su órbita y daba vueltas sobre sí mismo como figura de un escaparate.

Un día se presentó en el espacio uno de esos astros independientes y osados, que tan pronto atraviesan nuestro sistema solar, como viajan por el camino de Santiago, ó se encaraman en el Carro, ó se acercan á hacer fiestas al Perro, ó tratan de ordeñar á las Siete Cabrillas, ó se piardan entre las nebulosas y en los mundos de ópalo y amaranto.

El cometa adelantaba leguas y leguas barriendo el éter con la cola.

El planeta seguía su camino de costumbre sin meter-

se con nadie, como un antiguo empleado que marcha á su oficina.

De repente los hombres desde la tierra, los selenitas desde la luna, y todos los habitantes que probablemente existirían en los demás planetas cercanos, debieron estremecerse al ver que el planeta se abría como un melon, y su enorme vientre de fuego se vaciaba en el espacio al choque horrible del cometa.

Cuando la polvareda de chispas se hubo disipado, el planeta no existía.

Y el cometa se alejaba precipitadamente huyendo de la justicia astronómica, como el cochero despues de un atropello.

Mil, dos mil, acaso cinco mil años despues de este suceso, un observador oculto detrás de un lente vió flotar á lo lejos un trozo del astro; avisó á sus colegas, registró en sus libros el descubrimiento y bautizó el caso del planeta.

Desde entonces todos los astrónomos de la tierra se dedican á buscar las otras piezas diseminadas en el espacio.

Un sabio extranjero acaba de descubrir el III^o asteroide ó sea uno de los restos de la víctima.

La ciencia posee tal vez todos los pedazos del planeta; ¡oh, victoria! Ahora sólo falta pegarlos.

Algunas veces me pongo á meditar sobre la muerte, el fin del mundo, la eternidad y otras cosas muy serias. De noche sobre todo, cuando se apaga la lamparilla, y critan los muebles, y anenan golpecitos en el techo: en esas horas interminables en que el gajo parece que anda con tacones, el viento llama á las vidrieras y el pájaro acausado revolotea dentro de la jaula porque una mano misteriosa le persigue; á las dos ó las tres, en el gran silencio, que sólo turba el canto del gallo y del sereno, y los ruidos débiles, misteriosos é incomprensibles de la noche.

La idea de que se aproxima el día del juicio se fijó en mi mente noches pasadas desvelándome.

Encendí una luz, tomé un periódico y respiré con desahogo al leer una noticia.

Mis recelos se disiparon.

Ví una disposición oficial para que se establezcan en todos los hospitales departamentos de locos, mientras se ensanchan los manicomios existentes y se crea uno nuevo en grande escala.

Si al día del juicio estuviese próximo, los locos, en vez de aumentar, desaparecerían por completo.

Creo que sería conveniente, á fin de evitar la aglomeración en los establecimientos de locos, exigir ciertas condiciones para la admisión de los enfermos.

Por ejemplo:

Haber pertenecido al efrenlo espiritista.

Conocer á fondo las obras del difunto Saaz del Rio.

Tener en su casa colecciones prehistóricas.

Haber tomado un serio la política, ó expuesto su vida en favor de algun partido.

Ó haber explicado alguna vez en el Ateneo de señoras.

Se me ocurre una duda.

¿Cómo habiendo tantos que pierden el juicio, no hay uno sólo que lo anuncie en los periódicos?

Y se presenta una cuestión médica á la investigación de los doctores.

¿Cuál es la causa del aumento de locos que actualmente se observa?

Mientras los médicos no me prueben lo contrario, la achacaré á un aumento extraordinario de mujeres bonitas.

La mujer es la que vuelve locos á los hombres.

Decía hace un momento que ninguno de los que pierden el juicio trata de anunciarlo, y me equivocaba.

No hace muchos años se volvió loco en la Habana un capitán de infantería, lo que anunció al público en un periódico, bajo esta forma caprichosa.

«Desde 1.^o de enero próximo me declaro legítimo dueño y único poseedor de los espacios imaginarios, que nadie podrá ocupar sin mi permiso.»

J. EPURE.

CULTURA INTELLECTUAL Y ARTÍSTICA

DE LOS ÁRABES ESPAÑOLES.

I.

Al tender la mirada por la historia de España, y verla combatir á porfía por su independencia y libertades, se siente el lector orgulloso de su patria y mira con placer que sus fértiles campos y hermosas campiñas sólo tienen españoles que, abandonando sus bélicos instintos, procuran con el trabajo la felicidad de sus familias. Mas el observador descubre pronto en aldeas y ciudades recuerdos numerosos de un pueblo que peleó ocho siglos por dominar el suelo que nos ocupa, y que al regó con sangre nuestra patria, en cambio la embelleció y mantuvo vivo en el corazón de nuestros mayores un fé religioso y política, que ha sido siempre la causa de sus gloriosos hechos.

Libres hoy de las preocupaciones de nuestros antepasados, que tenían demasiado esrea la lucha para no sentir odio inmenso hacia el pueblo que tantos esfuerzos les costara hacerle abandonar sus antiguos hogares, vamos á pensar sobre la civilización árabe, no dudando que la historia de este pueblo interesa siempre, no sólo por las muchas páginas que ocupa en la historia de nuestra patria, sino porque su genio y carácter han dejado huellas impercaderas en los españoles, y nuestra literatura y nuestras costumbres manifiestan ese espíritu orientalista que nos domina y esa imaginación de fuego que nos enriquece.

La historia de los árabes españoles es bien conocida, y todavía se conservan en la imaginación del pueblo romances á porfía y cuentos maravillosos que traen su origen de los agarenes, y que las poetas y eruditos modernos han embellecido con las galas de su rica fantasía.

Por esta razón olvidaremos los heroicos hechos realizados durante este período, y nos ocuparemos de una cuestión, cuya importancia creciente es la verdadera antorcha que ilumina los hechos y dá seguro criterio para juzgar de un pueblo.

Investigar el estado de las ciencias, artes, agricultura y comercio durante su dominación, vá á ser nuestra tarea, que nuestro incesante amor á la verdad convierte en agradable.

La filosofía, considerada siempre como llave de las ciencias, y que encierra esa sublime aspiración al saber, que nunca se encarecerá bastante y que la escuela moderna ha definido sabiamente, la ciencia del conocer, debe ser la primera que se presente á nuestra consideración y que nos lleve á investigar el espíritu é ideas de la filosofía árabe.

En su primer período, en el cual su fantasía es irreflexiva, crea imágenes á porfía; pero no se presta á largos razonamientos sobre verdades abstractas; su espíritu aparece destructor, y aunque algunos autores lo niegan, no dudamos que la biblioteca célebre de Alejandria fue quemada por Omar. Empero los árabes, impelidos por sus hábitos guerreros y su fanatismo religioso, se ponen pronto en contacto con la antigua Bizancio, y la filosofía griega llega de esta manera á su conocimiento.

Sublime destino el de Grecia! Hacer filósofo al mundo. Roma no conocía la filosofía hasta que la Grecia, convertida en pedagogo universal, se la enseñó, y tan podemos asegurar, dado el carácter árabe y romano, que un Platon árabe ó romano era imposible. Ahora bien: las obras de los filósofos griegos llegan á manos de este pueblo joven y entusiasta, y acogiendo la filosofía aristotélica como fundada en la observación y orgánica de los humanos conocimientos, se da con ardor á cultivar sus teorías.

El estudio de la historia universal nos dá á conocer ese espíritu de asimilación que domina á los pueblos jóvenes: los árabes, al demostrarnos una vez más este hecho, lo hacen con más afán que ninguno, debido sin duda al gran amor al saber que se había desarrollado en el reinado de AH, cuarto califato despues de Mahoma, y que á la sazón empezaba á cambiar por completo la faz de aquel pueblo, que saliera del desierto sin otra idea que la dominación por la guerra, y sin más deseos que los que desenfrenadas pasiones le dictara.

Durante la dinastía de los Beni-Omeyas se desarrollaron por completo sus cultas aficiones, y las cortes de los califas empezaron á ser centros de civilización y cultura.

Los árabes se habían apoderado de la patria de los antañosos, y el último de los Omeyas había fundado sobre la hermosa Córdoba la corte de los sectarios del Korán. La civilización que su familia alientara en Damasco vino con el enemigo de los Abbassidas, y en bre-

ve la ciudad citada se convirtió en el emporio del saber que el mundo admira durante el largo período de seiscientos años. Si á las cultas aficiones de la dinastía omniada que Gebhardt compara con la de los Médicis en Italia, unimos los restos de cultura romana, el clima, largas costas, cómodos puertos y el civilizador trato con los cristianos, nos formaremos una idea exacta de lo que en este tiempo fué su cultura, gran comercio y floreciente agricultura.

Siguiendo los árabes españoles los estudios filosóficos que habían heredado de sus correligionarios de Oriente, escribieron tratados de lógicas y metafísicas é infinitud de comentarios que guarda en gran número la magnífica biblioteca del Escorial. En vano buscaríamos en estos tratados ni originalidad ni elevados juicios sobre cuestiones importantes: seguira la senda que el hijo de Nicomaco les trazara, sin cuidarse de profundizar la ciencia; sin embargo, debemos decir que las obras están todas revestidas de su carácter, y si las ideas pertenecen al filósofo de Estagira, la forma engalanada por su ardiente fantasía y las galas poéticas de su oriental ingenio no se parecen en nada á las obras que conocemos de los peripatéticos.

Debemos concluir pensando sobre el valor de esta filosofía, no dudando en asegurar que fué escasísimo ó ninguno, pues careciendo de aplicación como la de los escolásticos, se limitaba á satisfacer su pedantería y curiosidad, ó á escribir multiplicados comentarios sin valor real para la ciencia.

Seguir nuestro análisis sin cuidarnos del modo de cultivar la ciencia, de los medios de enseñanza y de sus comunicaciones científicas con el mundo árabe, sería, á más de una falta de método, dar una idea poco exacta de la grandeza y esplendidez de la cultura árabe.

Para conocerla nos bastaría acaso observar la minuciosidad con que los cronistas árabes nos hablan de todos los literatos de su tiempo, y verlos interrumpir la relación de una importante batalla ó de un acontecimiento grande para darnos cuenta de la muerte de un hombre de ciencia. Sin dejar de apreciar el gran valor de esta observación de dos notables historiadores, debemos fijarnos más en la infinidad de colegios, academias y bibliotecas que se erigieron y el gran desarrollo de las artes en tiempo de los califas. Su decidida protección hizo tomar inmenso vuelo á todos los ingenios: las ciencias exactas, como las naturales, la gramática como la poesía, alcanzaron un elevado desarrollo, que hicieron de la corte de los califas el centro de los sabios y la antorcha de Occidente.

Los califas eran los primeros poetas é historiadores y el palacio de Mernan era, según Lafente, una academia perpetua, en la cual se veía á los primeros sabios discutir sobre todos los ramos del saber, entonces conocidos. La biblioteca constaba en tiempo Alhakem II de seiscientos mil volúmenes, y en el siglo XIV orlaban todavía la España musulmana setenta librerías públicas, y cuentan las crónicas que no se publicaba libro alguno en el mundo árabe sin que pronto viniera á enriquecer las librerías españolas.

Cada lugar notable, dice el erudito investigador señor Gebhardt, ofrece materia para una historia literaria, y los dilatados catálogos de escritores que se conservan en el Escorial, prueban que las ciencias se cultivaban hasta sus últimas subdivisiones.

Para completar este cuadro, añadiremos que las artes, al par que las ciencias, se elevaron á una altura desconocida, cuyos progresos revelaron las muchas fábricas que se establecieron, la infinidad de pueblos que en los diferentes tejidos se ocupaban y su superioridad creciente en todos los ramos de la industria.

El comercio y la agricultura llegaron á su apogeo: intrépidos navegantes surcan los mares y canales de riego y plantaciones exóticas convierten en paraísos las pocas regas andaluzas.

II.

Conviene tener presente, antes de seguir nuestro estudio sobre la cultura árabe, el estado moral del mundo en la época que los hijos del Desierto se apoderaron de nuestra patria y empezaron á desarrollar sus cultas aficiones, manifestadas en nuestro precedente artículo.

Profundo letargo parece dominar á todos los entendimientos; las espadas de los hijos del Septentrion llevan por do quiera el espanto, y los siglos pasan sin dejarse oír en su trascurso más que el ruido de las armas y el estertor de los moribundos: la lucha cesa, los pueblos se constituyen, y las inteligencias europeas corren largo tiempo adormecidas. Oriente se agita en cuestiones religiosas, y las calles del imperio se tiñen con sangre derramada en estériles contiendas; la corrupción domina á sus emperadores, y las flotas y el fujo de la

corte cubre infinidad de crímenes, y sus fuerzas se agotan, por último, entre la imbecilidad de sus gobernantes y la estúpida corrupción de corte y pueblo.

Los árabes penetran en la antigua Iberia, y si por el momento la densa noche de la ignorancia cubre también á nuestra patria, pronto le comunican su ardor científico, pronto sus escritoras corren por do quiera, y los entendimientos españoles, haridos por el recuerdo lustre de los Quintilianos y Sénecas, de los Lucanos y Marciales, luchan con afán por recobrar su puesto en el paleo que científico abierto por los invasores. La tolerancia por estos iniciada lleva á los cristianos á sus escuelas, y su amable trato y comportamiento especial los mueve á aceptar paulatinamente su lengua y costumbres.

Entonces es cuando la voz de tres sabios varones, cuyos nombres guardará eternamente el libro de los santos y de los mártires, se eleva enérgica entre aquel indiferentismo religioso, y consigue devolver á los corazones cristianos la fé de sus mayores y su ardor guerrero para reconquistar el hogar de sus padres.

Estas consideraciones nos prueban que las relaciones entre ambos pueblos estaban dulcificadas por la cultura que los árabes importaron á nuestra patria, la cual se elevó respetada hasta el punto de apresurarse soberanos poderosos á entablar negociaciones con el fugitivo de Damasco, y de acudir los hombres de ciencia á las escuelas árabes á escuchar de sabios maestros las ciencias de los griegos que hicieron progresar con rapidez suma.

Siguiendo el método iniciado en nuestro anterior artículo, vamos á seguir ocupándonos de la cultura árabe, considerando á este pueblo como científico, como poeta y como artista, y á terminar nuestro pobre trabajo con un juicio de la civilización, objeto, al presente, de nuestro estudio.

Considerando á este pueblo bajo el primer aspecto, podemos, sin que nuestro análisis degenera en prolijo, recordar sus adelantos en astronomía, matemáticas, medicina, botánica, etc.

Si como ha dicho un escritor * es medida de la civilización de un pueblo sus adelantos en las ciencias exactas, los árabes, cuyos conocimientos en matemáticas guardarán eternamente sus monumentos, y sus progresos en aritmética y álgebra recordarán siempre los hombres de ciencia, merecerán de las generaciones sucesivas un alto concepto de su brillante civilización.

La infancia de su cielo, su hermoso clima y sus conocimientos (ya citados) en matemáticas, hicieron á los árabes dignos discípulos de los caldeos en la ciencia astronómica, manifestando su exuberante desarrollo los muchos tratados que escribieron sus observadores, y como eterno recuerdo de su aplicación la invención del Almanaque.

Los nombres de Avicena, Averroes y Abulensis, son demasiado conocidos para que nos detengamos en dar á conocer sus adelantos en medicina. A nosotros han llegado los citados nombres cubiertos del respeto de los sabios y unidos al siempre lustre del anciano de Cos.

La botánica y la cirugía siguieron el mismo progresivo desarrollo; si bien en ciencia, cubierta muchas veces del misterio hijo de imaginaciones calenturientas, degeneraba en ridiculas investigaciones y en tan laboriosos como inútiles procedimientos.

En tan bello cuadro vemos aparecer oscura sombra, que pugna por cubrir la grandeza de su cultura y consigue apesadumbar el espíritu del investigador que se detiene reflexivo en el estudio de las ciencias morales y políticas. Efectivamente; el estado de estas ciencias es tan lastimoso, que casi podemos asegurar que su concepción real no existen. Y pensando en razón nos convencemos pronto de que, dada su religión, no podía ser otra cosa.

Las ciencias que nos ocupan son hijas de la discusión, de la libertad; buscarlas donde una tiranía continuada tiene un extenso campo, donde un despótico absolutismo se despliega terrible, donde la más caprichosa disposición la decreta el califa como supremo pontífice de una religión fatalista y absurda, sería desconocer su carácter, sería asentar el absurdo de que las ideas como las ciencias se desenvuelvan lo mismo donde se profesa una religión capitual y filosófica, que donde la religión y la política están confundidas, y las leyes, á manera de dogmas eternos, aparecen divinizadas por el fanatismo.

III.

Las ideas apuntadas en nuestros anteriores artículos nos dan la razón del grande atraso que lamentamos. Mas no queremos significar con esto que la historia no se

* El sabio profesor de Historia Universal de la Universidad Central, Sr. Castro.

cultivase, que la jurisprudencia fuese ignorada, que la oratoria pereciese en el desastre del Guadalete. No; pero su existencia es tan triste, que más bien podemos decir que atravesaban un periodo de nulidad científica. Sin embargo, debemos notar que la historia tenía un desarrollo inmenso, hasta el punto de contarse mil doscientos historiadores; pero por más que su valor para nuestra historia sea grandísimo, no podemos decir que fueran historias verdaderas; eran, sí, prolifas narraciones cubiertas con el stavo oriental, pero faltas de filosofía, y aun algunas simples compendios de otras anteriores.

La jurisprudencia se limitaba á comentarios, y la elocuencia, no teniendo más campo que el de la religión, yacía en completo marasmo, producido por sus desventurados dogmas.

Las sombras desaparecen, y torna la satisfacción á nuestro espíritu: el árabe con sus armoniosos versos * noa entusiasmo; su imaginación de fuego despide brillantes pensamientos, delicados conceptos, imágenes encantadoras con asombrosa espontaneidad. La riqueza fenomenal de su lengua, sus costumbres, hermoso clima y encantador país, hacen de nuestros musulmanes los primeros poetas, y todavía aparecen cubiertos de una aureola de exquisita poesía, que no nos es posible recordar sin que nuestra mente se pierda en un éxtasis arrobador que nos conduce al bellísimo Zahara, donde creemos escuchar los seductores acentos de melancólicas poetas.

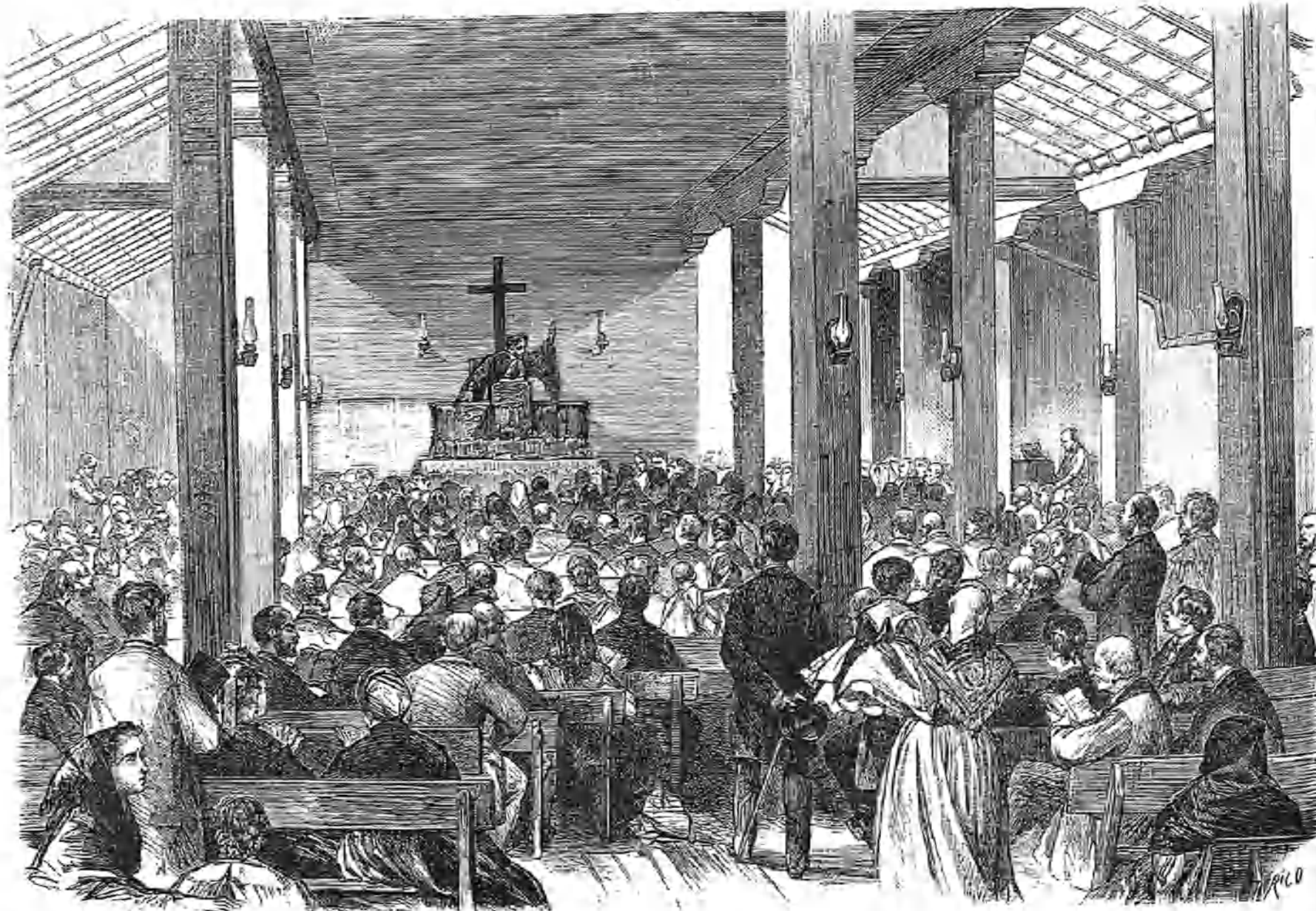
Los estrechos límites que el periodismo concede á estos trabajos no nos permite analizar detenidamente el carácter de su poesía; diremos, sin embargo, que la subjetividad es su condición, que el lirismo es su continua manifestación. Y muchas veces la vemos perderse en lamentos respirando la melancolía de ese dulce sentimentalismo que nos embriaga todavía; y otras recorrer el campo de las descripciones, luciendo su hermosa fantasía en gigantescas concepciones que parecen inspiradas por el gomo del Oriente.

Un pueblo poeta no se concibe sin ser también músico. La música y la poesía son eternas compañeras, y el que en su mente guarda raudales de poesía, será entu-



LOS ENBAJADORES CHINOS CHICH KANG Y SUN-CHIA-KU, ENVIADOS Á ESPAÑA.

* Es sin duda una prueba de lo mucho que se cultivó la poesía el hecho de ser poetas la mayor parte de los califas.



CAPILLA PROTESTANTE DEL CULTO EVANGÉLICO EN MADRID.

siasta de la música, así se lo prohíben su religión * y sus leyes.

Sus adelantos en este arte están marcados en sus obras y algunos instrumentos les deben su existencia. La popular guitarra **, en cuyos sonidos parece reflejarse su carácter eminentemente nacional, y el *** instrumento que acompaña á nuestros trovadores en sus amorosas endechas, fueron inventados por este pueblo caballeresco, cuyos cantos impregnados de amor y poesía repiten todavía nuestras montañas, en las cuales parecen descubrirse á cada paso recuerdos tristes del exánjaro que por tanto tiempo las dominara.

Vamos á concluir nuestro análisis, trazando algunas líneas acerca de la arquitectura del pueblo que hoy nos ocupa.

Del mismo modo que las ciencias, los árabes, al atravesar el Oriente, fijaron su fecunda fantasía en los monumentos artísticos que admiraron. España, entonces conquistada, les ofreció hermoso teatro para reproducir, eclipsando aquellos monumentos que iniciaron en nuestra patria una serie de construcciones, donde al está recordada la arquitectura bizantina, en cambio la revistieron con las galas de su genio, revelándose en sus brillantes ornatos y caprichosos detalles siglos de amor y refinada cultura. La segur del tiempo ha destruido el palacio y jardines de la poética Zahara; pero en cambio ha respetado la célebre mezquita de Córdoba y la magnífica alhambra de Granada.

La primera, cuyo conjunto obedece á distintas épocas, construida para anublar la celebridad de la que los abasidas construían entonces en Bagdad, es un monumento que recordará siempre la estancia en España de los agarenos. Trásluces allí, dice Caveda, el poder y la religiosidad del pueblo constructor, la singularidad de sus creencias, el sentimiento que le empujó desde los desiertos de Arabia hasta los campos de Aquitania, el genio que enlaza los destinos del Asia con los de Europa, y todo como simbolizado en las formas extrañas, en las dilatadas masas, en la exótica ornamentación, en la multitud de naves que hacen su Mirhab más fantástico y misterioso; la segunda nos manifiesta el apogeo, la cúpula del arte árabe, desde el cual se ve descender á sus intrépidos constructores.

Acto en las arquitecturas anteriores se descubre más arte aún, más genio; pero la riqueza de su imaginación

que cubre sus artísticas concepciones, parece darles algo de ilusorio y de fantástico que admira siempre á los profanos y entusiasma á los sabios y artistas.

Antes de terminar nuestro ligero trabajo debemos manifestar, con nuestra habitual franqueza, el juicio que nos merece la civilización que acabamos de estudiar.

Nuestra vista debe abarcar todo lo realizado por este pueblo, desde su salida del desierto hasta su espulsion

zon, allí no es posible la vida, allí no es posible el progreso, el hombre vagará salvaje, y su única moral será el placer.

Por eso no dudamos en asegurar que donde no corran unidas las sublimes ideas de cristianismo y libertad, no podrá darse un paso en el camino del progreso, hijo del espíritu y enemigo acérrimo de religiones sensualistas.

La infalibilidad de sus creencias y el fatalismo que sus dogmas encierran esterilizan su inteligencia y matan el fuego de su fantasía.

Todos los pueblos se apresuran á entrar en el concierto universal de cultura que Europa y América preconizan, y mientras tanto los pueblos que nos ocupan se olvidan en su sensualismo que poseen una facultad razonadora bastante á levantar su civilización y á presentarles ante el mundo, no como terribles guerreros, que no se fanda ya la gloria sobre quejidos y sangre, sino como pueblos ilustrados y grandes, capaces de sacudir el yugo execrable de sus despotas y de asentar como principio de su nueva vida el fecundo y sagrado criterio de libertad y justicia.

Armasado por la invasora corriente de las ideas, el pueblo musulmán hace algunos esfuerzos en Turquía para entrar en el concierto de la moderna civilización; pero llevando en sí el principio destructor que ha de aniquilarle, sus tentativas en este sentido serán inútiles, logrando á lo sumo galvanizar el cadáver de un gran imperio, sobre el que ya tienen puesto sus ojos las naciones vecinas para repartirse sus restos y borrar sus huellas.

Pensar por sí es ser libre; pensar por autoridad es caer en la servidumbre, en que gimen desgraciados los sectarios de Mahoma.

M. DE FUERMAYOR.



MARRUECOS.—HEBREA EN TRAJE DE FIESTA.

de España, y fijarnos desde luego en un hecho que puede darnos abundante luz para juzgarlo. Sin duda alguna ha de llamar la atención del historiador un pueblo que se presenta en la historia blandiendo primero la sangrienta espada del conquistador, y que después de aparecer ante las generaciones asombradas como el más civilizado del mundo, se precipita en un estado salvaje y continúa extraño á las civilizaciones que se elevan en el antiguo teatro de sus glorias.

Las sociedades obedecen siempre á la inmutable ley del progreso, y para que esto no quede ha de haber una causa profundamente arraigada que le impida obedecer á su benéfico impulso. Así, y sólo así, concebimos el retroceso. Y esta causa es indudablemente su religión. Lo hemos dicho y lo repetimos aquí donde la religión está confundida con la política, donde el fatalismo destruye con su fúnebre influjo las especulaciones de la

REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA *.

- I.—Adquisición de los objetos descubiertos en la *Mesa de Asta* para el Museo de Cádiz.—II. Nuevos objetos del de Turragona.—III. Epigrafías asturianas.—IV. La Colegiata de Roncesvalles.—V. Restauración del claustro de San Juan de los Reyes, en Toledo.—VI. Noticias sobre las ruinas verificadas por la Comisión de Monumentos de Burgos.—VII. Formación del Museo de Antiquidades en Madrid.—VIII. Alusión de monumentos prehistóricos y *Mesetas* alientas sobre los mismos.—IX. Monumento nacional á Cristóbal Colón.—X. Monumentos arqueológicos de España.

I.

Con placer comenzamos hoy nuestra revista arqueológico-monumental, felicitando al gobernador civil de Cádiz, D. Federico Villalba, por la eficaz participación

* Para dar crédito á las noticias y dibujos recibidos á última hora del teatro de la guerra, nos vemos obligados á retirar parte de esta revista y los grabados que la ilustran, distribuyendo su publicación al número próximo.

* La música les está prohibida en algunos versículos del Korán.
* Nektar.
* El aud. En nuestra lengua laud.

que ha tenido en la adquisición de los objetos de antigüedad, descubiertos en la *Mesa de Asta*, según oportunamente consignamos.—Es este para nosotros un deber tanto más grato, cuanto que no son todavía por desgracia tan frecuentes, como fuera apetecible, semejantes ejemplos. Al celo ilustrado del Sr. Villalba, ventajosamente conocido en la república literaria, ántes de ceñir la faja de gobernador, háse debido no ya sólo averiguar el paradero de aquellos, mas también el que figuren al cabo entre los monumentos destinados á formar en la antigua colonia fenicia el Museo de Antigüedades.

Habia adquirido de su descubridor, Francisco Rendon Parra, por el valor de 700 reales, el *león*, la *estátua* y la *inscripción latina*, que componían el hallazgo, don Manuel González Peña, vecino de Jerez, quien llevaba arrebatado el cortijo de la Mariacala, cercano á la referida *Mesa de Asta*. Enterado este caballero de las gestiones de la Comisión de Monumentos y del gobernador, por medio del alcalde de la ciudad referida, y considerando que, descubiertos los objetos, cuyo paradero se inquiría, en terreno comunal ó baldío, no le era dado retenerlos sin menoscabo de su buen nombre, apresuróse á manifestar que estaba dispuesto á ponerlos en poder de la Comisión, salvo, no obstante, el derecho á ser reintegrado de la cantidad por él invertida en la ya indicada compra. A ello se prestó de buen grado el Sr. Villalba, dando orden á la Diputación provincial para que procediera al pago de los 700 reales precisados. Merced á tan buenas disposiciones, enanta, pues, el Museo de Cádiz con estas antigüedades, que usaremos ver pronto ilustradas por su Comisión de Monumentos.

II.

También el de Tarragona aumenta cada día sus colecciones, merced al infatigable celo de su ilustrado conservador, D. Buenaventura Hernández Sanahuja. Noticioso este entendido académico de que había sido encontrada por un labrador en una de las viñas cercanas á dicha capital una sortija de oro macizo, que parecía ofrecer algún interés histórico, avistóse luego con el descubridor, y apesar de la penuria en que la Diputación provincial la tiene, y tiene al Museo, logró adquirirla para aquel establecimiento.—Quitada, resultó haber 12 gramos, 493 miligramos; examinada, ser de forma octagonal en el exterior, y presentar todo alrededor, en el conjunto de sus facetas, la inscripción siguiente:

REVERENTIO TVO MACARIE VIVAS.

Esta inscripción, cuyo sentido literal es: *Macario él-ve para tu Reverencia*, nos muestra con toda claridad que fué la sortija un regalo, expresión de tierna amistad entre los dos personajes en ella mencionados. ¿A qué edad perteneció? ¿Qué arte la produjo?—El diligente conservador del Museo tarraconense nos hace, al remitirnos su diseño, la juiciosa indicación de si puede pertenecer á la época visigoda, y guiándose convenientemente por la comparación de los caracteres que forman la ya trascriba leyenda con los de las monedas de aquel tiempo, viene á fijarse en el reinado de Suintila.—«Con una medalla de este rey (dice) la he comparado, y observo que las letras de ambas son idénticas. Hablo de un Suintila de Tarraco.»—Dada esta exactitud, resultaría que habiendo llevado aquel príncipe la corona de su padre Recaredo, desde 621 á 631, fué labrada esta preciosa joya en el primer tercio del siglo VII, y es fruto de aquella magnífica orfebrería que produjo las famosas y espléndidas coronas descubiertas en Guadamur el año de 1858; el arte, como en aquellas, el latino-bizantino. La historia de las industrias debe, pues, al Sr. Sanahuja un nuevo servicio, y nosotros particularmente un documento más para nuestros estudios sobre el arte latino-bizantino en España, por lo cual le enviamos las más cordiales gracias desde las columnas de esta revista.

III.

No merece menos nuestra gratitud al Sr. D. Antonio Cortés y Llanos, por haber cumplido tan gallardamente, como suele, la promesa que nos hizo de las inscripciones latinas, custodiadas en su gabinete de Cangas de Onís, según en la anterior revista expresamos. La especial naturaleza de este nuestro trabajo nos veda el mencionar aquí todos los epígrafes, cuyas fotografías hemos recibido. Oportuno será fijarnos en los seis cuyo grabado acompaña; pues que si bien ha comprendido ya algunos el doctor Hübnér en su magna obra del *Corpus inscriptionum*, observamos en sus copias ciertas faltas y variantes, que picando la curiosidad, exigen de nosotros la reproducción fotográfica, no expuesta por cierto á infortunales tergiversaciones.

Publicó, en efecto, el sábio D. Enrique Hübnér, en la tercera parte de las inscripciones hispano-latinas, páginas 376 y 377 (Hispania tarraconense), las tres primeras lápidas que aquí reproducimos, en el orden siguiente:

2708	M	2709	M. P. 302	2711	V.
CASSIO COROVIVS		CASSIO		S. M. M.	
ANNO... VI PVL		ANNO... P		PR. IIIA. VA	
VADIVSINI		VADIVS		POS. STATI	
XXXV SVO		NSSE		III. GARE. V	
		AN. XXV		II. GAREZ	
		H. S. V.		AG. N. XXXIX	
				OSL. CCXXIX	
				S. T. T. L.	

Bastará, sin duda, la simple comparación para reconocer que, ó el Sr. Hübnér no llegó á ver las piedras en el gabinete del Sr. Cortés, por él citado, ó que si las vió, la misma superioridad en los estudios epigráficos, que los hombres doctos de toda Europa le confiesan, le llevó sin duda á desear ciertos accidentes, que tal vez, calificados como solecismos, hayan sido atribuidos á la ruda mano del que trazó las letras. Á la verdad, la tosquísima labra de los caracteres, abiertos por la piedra viva, tal como la fotografía nos enseña, no deponen grandemente á favor de la pureza de estas inscripciones, las cuales revelan de un modo evidente, con estar grabadas en cantos rodados é informes, ó el ínfimo estado social ó la pobreza suma de los sujetos á quienes semejantes memorias fueron dedicadas. Posible ha sido al Sr. Hübnér, con este procedimiento, dar cierta regularidad al epígrafe 2708, dejar llana y corriente la lección del 2709 y hacer algun tanto aceptable la del tercero, que deja mucho que desear aun embargo. Abrigamos el convencimiento de que, al llegar á sus manos la adjunta reproducción fotográfica, se apresurará gustoso á rectificar y ampliar el estudio de los trasferidos epígrafes, incansable, como es, en el cultivo de esta utilísima parte de la ciencia arqueológica.

Y no lo hará menos respecto de la inscripción 2707 de su ya citado *Corpus inscriptionum*, que es, á lo que parece, la quinta de las aquí reproducidas. Daba como hallada media legua al Norte (N. O.) de Cangas de Onís, ya en el lugar de Santo Tomás de Collín, y sólo pone de ella estas direcciones:

BOVICIO
HUBNER
LIVII.....

Al cristal fotográfico debemos, cual habrán notado ya los lectores, integro este epígrafe, grabado en piedra de alguna labra, aunque tosca, y recogido al fin de Collín por el Sr. Cortés. Su lección se reduce, en nuestro juicio, á los siguientes términos:

S. P. M. M.
BOVICIO HONE
GIVES (SIC) ORIGINUM.
HS GENT. BOVIC.
SICIL. VI. PR. MAY
TU INSECT
SICIL. CI.

Ocioso fuera notar las grandes lagunas de la inscripción impresa por el Dr. Hübnér, dada la exposición de tan fehacientes comprobantes, así como parecería en nosotros factancia reprobable el suponer siquiera que no es susceptible de enmienda la lección que proponemos. Án declarado el solecismo de la tercera línea.—Cábanos, sin embargo, la satisfacción de ser los primeros á notar el doble valor geográfico de este epígrafe, y de recomendar su estudio, bajo este concepto, á los amantes de aquella ciencia. El ciudadano Bovicio Bode, natural de *Originum* ó *Olygium*, pertenecía al pueblo *Jembelo*. Á los doctos asturianos de nuestros días atañe, pues, el señalar la situación geográfica de este pueblo dentro del suelo astur en la Era en, que lleva el epígrafe, y la topográfica de la ciudad, casa de Bovicio. Lo mismo decimos respecto de la de *Palencia*, citada hasta en cinco inscripciones, existentes en el territorio de Cangas de Onís, cuatro de las cuales concierne ya los lectores, por su reproducción fotográfica. De dos de ellas habló el Dr. Hübnér, aunque sin referir esta notabilísima circunstancia.

No tan importantes, como las mencionadas, que son todas geográficas, despiertan sin embargo nuestra atención las dos inscripciones señaladas con los números 4 y 6, que debemos también á la benevolencia del señor Cortés y Llanos. Ha dado la primera pábulo á muy largas fantasías históricas, relativas á las tradiciones asturianas, que se enlazan en alguna manera á la gloriosa vida de Pelayo. Mas ni es posible seguir á los que en tales imaginaciones se engolfan, ni aceptar siquiera su modo de leer tan raro epígrafe, que viene á tomar por

este motivo valor de inédito, no conocido ó al menos no coleccionado aun por el renombrado Hübnér entre los demas asturianos por dejarlo sin duda para la colección, puramente cristiana. Presenta en efecto esta inscripción la rara circunstancia de estar escrita en sentido contrario al uso común de los latinos, comenzando á leerse por la última línea, y hallanse en ella tan barajados los caracteres y tan alteradas en algun momento sus formas, que no es cosa fácil triunfar al primer golpe de las dificultades que encierra. Para ayudar á nuestros lectores en su interpretación, pondremos aquí la lección que nos parece menos aventurada.

BOVICIO HONE
A MAYRI HONE B
BOVICIAN AN
NERABILA (H) M
DA BOVICIA
LXXX

Sólo nos cumple observar que ostentándose en la parte superior del marco, trazado al epígrafe en la pena informe que lo contiene, la representación aunque grosera del lábaro, y refiriéndose la Era al año 433, en que desolaban las herejías el suelo hispano, no hay duda de que la dedicante *Severa* y su madre *Dovidena* pertenecían á la comunión católica.—Carece el sexto epígrafe de toda alusión geográfica, aunque en nuestro concepto pudiera tenerse acaso por el rótulo de un cementerio cristiano; su lección no es, sin embargo, tan fácil que pueda llamarse dominarse por quien no esté muy avezado á los estudios epigráficos. Por esto y porque no conceptuamos indiferentes, para la ilustración de la historia asturiana en los primeros siglos del cristianismo, las inscripciones trascritas, hemos aceptado con gusto y publicamos las principales fotografías facilitadas por el Sr. Cortés, creyendo hacer un servicio á los amantes de la historia y de la arqueología con reproducirlas fielmente en estas revistas.

IV.

Del suelo asturiano llevaremos nuestras miradas al navarro, para recomendar á la estimación de nuestras lecturas el patriótico empeño, mostrado por la Comisión provincial de Monumentos, en bien de la célebrísima *Colegiata de Roncesvalles*, amenazada de supresión por los novísimos proyectos de arreglo del clero. Ajeno es de nuestro intento, como lo es también del Instituto de la Comisión navarra, el discutir, aprobar, ni reprobar los indicados proyectos. De ellos resulta, sin embargo, condenada á muerte la Iglesia erigida á Santa María en las asperezas del Pirineo, durante los últimos días del siglo VII; y como aquella fábrica religiosa es un verdadero monumento nacional, tan nacional como puede serlo el erigido en el Prado de Madrid al *Dos de Mayo*, nunca se celebrará bastante la oportunidad de la reclamación elevada al Gobierno por la expresada Comisión, como no es fácil superar el noble sentimiento que la ha dictado.—Verguroso fuera en efecto para la nación, que se junta de haber defendido siempre y conservado incólume su independencia, el ver imposible desaparecer, bajo el humilde intento de una economía harto problemática, uno de los más insignes monumentos del heroísmo español. La *Colegiata de Roncesvalles*, padron de gloria contra la opresión francesa y el inmenso poderío de Carlo-Magno, es para la historia de la monarquía pirenaica lo que la *Colegiata de Guadalupe* para la asturiana y *San Juan de la Peña* para la aragonesa. Atentar contra la conservación de tan preciosos monumentos, venerados por la nación entera durante el espacio de once siglos, mengua seria y baldon de la presente edad, que la Comisión de Monumentos de Navarra desea generosa cieja de nuestro título.

Con el celo y prudente madurez que caracterizan todos sus actos, han acogido y prohibido las Academias de las Tres Nobles Artes y de la Historia la patriótica solicitud de la Comisión referida, colocándose cada cual en su respectivo punto de vista. La Academia de San Fernando, consignado el hecho inmortal que dió nacimiento á la basílica de Roncesvalles, se ha fijado más principalmente al dirigirse al Gobierno en las preciosidades artísticas que guarda aquella en su seno: la Academia de la Historia, reconocida la respetable antigüedad de la fábrica arquitectónica, ha levantado sus miradas á la alta representación histórica del monumento, exponiendo en breve y luminoso cuadro los gloriosos hechos que simboliza. Cuando las corporaciones, á quienes confiere la ley la inspección y guarda de los monumentos nacionales, ilustran en tal manera la conciencia del Gobierno, de esperar es que se apresurará éste á modificar su proyecto, en orden á la supresión anunciada de la histórica y monumental *Basílica de Roncesvalles*, cual lo modificará sin duda respecto de la *Colegiata de Guadalupe*.

¿Cómo realizará la conservación de una y otra joya de la civilización española?... No podemos hoy apuntarlo; pero tenemos la evidencia de que no se ha de mostrar sordo a la elocente cuanto circunspecta voz de ambas Academias. Hay en verdad economías, como hay festinidades, que deshonran a los gobiernos y a los pueblos, y en el primer caso se halla precisamente la supresión proyectada de ambas colegiadas, ó el abandono de una y otra basílica. Por eso confiamos en su salvación, seguros de que el noble sentimiento del patriotismo jamás se ahoga en los corazones españoles.

(Se continuará.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

MARRUECOS.

ARTICULO II.

Las fiestas del Moilud.—Esclavitud de las mujeres.—El cañón santo.—Supersticiones de moros y judíos.—La Caaba ó casa de Dios.—Los renegados en Marruecos.—Historia de Ali.

I.

Hay una época en el año en que los cristianos están en mucho peligro en Berbería. Esta época es la del Moilud, ó aniversario del nacimiento de Mahomed (Mahomé).

Las sectas feroces de que hemos hablado en nuestro número anterior, las kábilas del Atlas y de las cercanías del Desierto, exaltadas con las palabras de sus fanáticos santones, serían capaces de lanzarse á los mayores excesos, sin los continuos escarmientos que alcanzan sobre ellos las armas cristianas en ocasiones diversas.

Durante las fiestas del Moilud tiene lugar la ceremonia de la circuncisión.

Verifícase ésta en los patios de las mezquitas, y todos los años fallecen gran número de niños, bien sea por los medios bárbaros que emplean para circuncidarlos, ó porque la edad de seis ó siete años, época en que sufre el bautismo de sangre, no sea la mejor para tan peligrosa ceremonia.

En estos días truenan el cañón en las fortificaciones moriscas; las calles de sus ciudades se llenan de un gentío inmenso, y cien espingardas revientan causando horribles destrozos en sus mismos dueños, merced al immoderado uso que hacen de estas armas, muy mal construídas generalmente.

Los poetas marroquíes, y es de advertir que abundan mucho, aprovechan tales ocasiones para hacer su agosto; y al tire libre, rodeados de un numeroso concurso y panderen en mano, recitan cuentos muy parecidos á los de las *Mil y una noches*, ó belicosos romances de batallas entre moros y cristianos, en los cuales, como es de suponer, salimos siempre bastante mal librados.

Nada tan digno de estudio como estos trovadores populares con sus rostros tostados por el sol, sus ojos penetrantes y sus barbas puntilagudas, y sus andrajos que llevan con bastante majestad.

Al final de cada uno de sus relatos recogen en el pandero una lluvia de ochavos, y se sientan á descansar interin otros artistas, más secundarios, entretienen al auditorio destrozando con sus dientes serpientes vivas, ó tirando á lo alto balas de cañón que reciben en sus cabezas sin pestañear siquiera.

De tan bárbaros espectáculos, á que son sumamente aficionados, resultan bastantes heridas que por fortuna no son peligrosas.

II.

Los moros, cuyo carácter es comunmente áspero y desabrido, tratan á sus mujeres, no como á la dulce compañera destinada á compartir cuanto tiene de agradable y amargo la vida del hombre, sino como un objeto de poca significación, muy inferior á su caballo y á sus perros de caza y aun á sus armas.

Hay tan poca diferencia entre sus mujeres propias y sus esclavas, que las primeras no los acompañan á la mesa ni se atreven á tomar parte alguna en más asuntos que los domésticos.

En las poblaciones del interior de Marruecos, algunos moros se dignan fijar sus ojos en las hebreas, cuya hermosura es extremada.

La infeliz plérida, lo mismo que el perro que lame la mano que lo castiga injustamente, sucumbe resignada y es, sin quejarse, víctima de los peores tratamientos. Cuando después de haber servido á los caprichos de un

moros brutal y repugnante sus gracias se han marchitado, concluye por ser la humilde esclava de las esclavas de su señor.

La raza mísera y desheredada de los judíos es en aquellos pueblos de peor condición que los animales, y sólo estando protegidos por un cristiano que tenga alguna representación en el país, pueden salvar sus bienes de la rapacidad de los magnates moros, y verse libres de sus injustos procedimientos.

Las hebreas ostentan trages riquísimos y alhajas de gran valor. El galbado que damos en este número, representa una judía casada, en traje de fiesta. La falda de su vestido es de paño y el corpiño de terciopelo, y los bordados de realce y de oro finísimo. En su tocado, collares y sortijas, la esmeralda es la piedra que más se nota.

[Cuántas veces al ver alguna de estas bellísimas criaturas, hemos creído estar en presencia de una de las admirables mujeres de que nos habla la Biblia...]

En su tocador tienen mil ingredientes, entre los cuales se cuenta el arsénico, destinados para blanquear el cutis, hacer más sonrosadas las mejillas y ennegrecer las cejas y pestañas.

III.

Los moros son fanáticos y supersticiosos. Para dar de ello una prueba, diremos que en Larache hay un cañón santo, al cual tienen en gran estima. Este cañón es de forma antigua y de gran calibre, y está construído por un renegado inglés, el cual ocultó á los moros el arte de la fundición.

Aseguran muy formalmente que todas las noches abandona el cañón su batería, y va con mucho sosiego á orar al sepulcro de una santa llamada Lal-la-Menana, que existe en las inmediaciones de Larache.

El cañón está religiosamente cubierto con una gruesa tela.

¡Guay del que osase burlarse de tan estúpida creencia! ¡Infeliz del que quisiera probarles que es un ser inanimado, incapaz de moverse por sí solo!

Los judíos son también sumamente supersticiosos. Cuando nace un niño, su padre enciende un brasero á la puerta de la casa, y arroja en él zapatos viejos, puñados de sal y otros objetos que producen náuseas y una humareda inaguantable. Creen que de esta manera los genios maléficos que acuden á apoderarse del alma del recién nacido, huyen de él para siempre, merced á olores tan nauseabundos.

No contento con esto el padre del niño, se arma con un sable y á la puerta de la casa da cuchilladas al aire con tanto furor y denuedo, que la menor de ellas bastaría á dividir en dos al más corpulento individuo de la raza de los Carnaliambros.

Interin, la pobre madre ceba de menos, quizá en su lecho, un caldo ó cualquier otro alimento, pues es de advertir que la generalidad de los hebreos no comen aves ni ninguna otra clase de animales, que no hayan sido degollados por un rabino ó *sébbé*, como ellos llaman á los doctores de su religión.

IV.

Todo moro está obligado á hacer una vez, al menos durante su vida, la peregrinación á la Meca.

Remitidos en gran número llegan en un día dado al fin de su peregrinación, que es un inmenso campo que rodea á la Caaba ó casa de Dios.

Allí cada familia degüella un carnero, arrojando los desperdicios, que quedan pudriéndose bajo la acción de un sol abrasador. Hé aquí la procedencia de esas pestes asoladoras que diezman las poblaciones de Europa de vez en cuando.

La Caaba, que es un edificio de colosales dimensiones, está cubierta estos días por la parte exterior con un inmenso paño negro, regalo comunmente de un príncipe asiático ó de cualquier otro personaje mahometano.

Este paño, apesar de sus dimensiones y después de dividido en pequeños pedazos, no es bastante á satisfacer los pedidos que de él hacen los verdaderos creyentes ricos, que lo consideran como una reliquia; así es que muchos se quedan sin él. Esto puede dar una idea del gran número de peregrinos que anualmente concurren á la Meca.

Un moro amigo nuestro, que había hecho dos veces esta peregrinación, desmintió como errónea la creencia en que muchos están, de que en la Caaba existe el sepulcro de Mahommed suspendido en el aire por una gran piedra insán.

Segun él, el interior del venerado templo no contiene ostensible á la vista más que una gran piedra negra rota por un lado, piedra sobre la cual floró el ángel Ga-

bríel por los pecados de los hombres. Estas lágrimas cambiaron el color de la piedra, que era blanca como la nieve, en el que tiene actualmente.

Es infinito el número de peregrinos que todos los años mueren ahogados, al querer entrar en la Caaba por sus dos únicas puertas.

Los príncipes y personajes de nota tienen destinadas unas celdillas dentro del templo, en las cuales hacen cómodamente oración, mientras el resto de los peregrinos se agolpan y se estrujan en los grandes patios y arcadas del edificio.

Apesar del inmenso gentío que allí se reúne, dicen que no hay ejemplo de que se haya cometido ni un sólo robo.

Para las abluciones tienen los moros estos días las aguas salobres del profundísimo y famoso pozo *Zeuzem*, en cuyo brocal aun se ven las señales del sello que contenía el anillo de Salomón.

Los servidores de la Caaba venden unos botijos de barro de forma bastante tosca, llenos del agua de este pozo, que beben con la mayor delicia los peregrinos apesar de su salobridad.

En muchas ocasiones la suspicaz política de los soberanos de Asia hizo que algunos de los botijos destinados á ciertos personajes mahometanos contuviesen veneno; y de esta manera se deshicieron del célebre y sábio estadista D. Domingo Badia y Leblich, conocido en Africa por Ali Bey, el cual se hizo circuncidar en Londres á la edad de treinta años, y pasó entre los moros por príncipe de los Abbasidas, hasta tanto que fué descubierta el engaño en una de sus peregrinaciones á la Meca; allí murió envenenado como llamamos dicho.

Don Domingo Badia fué, al ménos que se sepa, el único cristiano cuya curiosidad arrojó los inmensos peligros de esta peregrinación, y á él más que á las narraciones de los moros se debe el que sepamos lo que acontece en aquellos misteriosos lugares.

Volviendo á Marruecos, de cuya descripción nos hemos separado momentáneamente, diremos que este país es aún en el día poco conocido, permaneciendo, apesar de su cercanía á nosotros, en un estado semi-salvaje y casi primitivo.

Nuestro victorioso ejército ocupó á Tetuan haciendo en esta ciudad, una de las más queridas de los moros, algunas mejoras, tales como limpiar las calles, rotularlas y poner faroles en las esquinas; mas apenas los innovadores evacuaron la plaza, las calles volvieron á estar llenas de inmundicia, los pórtulos desaparecieron, y los faroles fueron rotos á pedradas, pues aquellas gentes dicen que Dios hizo la noche para dormir, y que por consiguiente no es necesaria durante ella más luz que la de la luna.—El hombre que ronda de noche, dicen, es un malhechor, y por lo tanto sería un crimen ó facilitarle los medios para que pudiese llevar á cabo más cómodamente el mal deseo que le hace estar en vela.

En la actualidad los renegados no son tratados en Marruecos con el rigor que sufrían aun á principios del siglo actual, y no se les obliga como entonces á vivir en depósitos, ni á profanar el Crucifijo.

A los que se fugan de nuestros presidios de Africa, les basta ponerse el turbante y practicar los preceptos de Mahoma y nadie se mete con ellos; pudiendo dedicarse al género de vida que más les acomode.

Un renegado viejo hemos conocido que se llamaba Ali. Aseguraba haber pertenecido cuando jóven al ejército cristiano, y estando para ser pasado por las armas en Tarifa, logró fugarse á Gibraltar, pasando desde allí á Berbería en un falucho de contrabandistas.

—¿Lo que he sufrido, me decía Ali, es incalculable! Puesto en la cruel alternativa de renegar de mi religión ó de ser conducido á España para ser fusilado, no tuve suficiente valor para sufrir esto último, y me hice moro.

Encerrado con otros compañeros de infortunio en un depósito de Mogador, los menores sufrimientos que experimentábamos eran el hambre y la desnudez, acompañados de las mil incomodidades que trae consigo la miseria.

La más leve falta, la menor desconfianza que acerca de nosotros concebían nuestros guardianes, eran motivos suficientes para que nuestros cuerpos estenuados recibiesen una lluvia de garrotazos.

Nos circuncidaron pasado algun tiempo, y muchos de mis compañeros murieron después de sufrir esta operación, víctimas de unas horribles calenturas.

Después de la sacrilega ceremonia de profanar el Crucifijo, luego que renegamos de la religión de nuestros padres, pusieronnos á cada uno un nombre moro y nos dejaron en libertad, aunque viéndonos continuamente sujetos á la vigilancia del Cadi de los renegados, pues nuestros opresores temían que nos fuésemos.

Yo era muy jóven, continué suspirando, y nada sabía hacer; no conocía oficio alguno. Pidiendo de puerta en

puerta una limosna, que nadie me daba, el hambre y los demás padecimientos, y más que éstos, la pena que experimentaba mi corazón viéndome para siempre separado de mi patria, me hicieron caer peligrosamente enfermo. Como no tenía albergue alguno, me recogió medio muerto en las calles de Mogador un anciano judío, llevándome con la mayor caridad á su casa.

Ignoré el tiempo que estuve luchando entre la muerte y la vida; pero los más exquisitos cuidados por una parte y por otra mi robustez y juventud pudieron salvarme.

El judío, mi protector, era riquísimo, y conolido de

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

—Dócil, impresionable, este hombre es útil... y no estorba, decía al mismo tiempo la vizcondesa.

Después meditó un rato, examinando la carta atentamente.

¡Cuánto gozaban en aquel remolino de vicios la aturdida doncella, la vetusta pecadora, el colegial y el li bertino!

Daba pena ver girar aquel círculo de cuerpos sin cabeza. Parecía que otro círculo de sátiros había formado á su alrededor la cadena magnética, haciéndole mover á voluntad y comunicándole sus más ardientes apetitos.

En los corredores cruzaban parejas solitarias huyendo del tumulto. Hacia el lado de la fonda se oía rumor de vasos, destapar de botellas, palmadas y cauciones.

Luciano se paseaba por uno de los pasillos dando muestras de impaciencia y muy preocupado.

ESTADO MAYOR GENERAL PRUSIANO.



1. REY GUILLERMO.—2. PRÍNCIPE FEDERICO CARLOS.—3. PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO.—4. MR. DE BISMARCK, CORONEL DE CABALLERÍA Y GRAN CANCILLER.
5. GENERAL MOLKE, JEFE DEL ESTADO MAYOR.—6. GENERAL ROON.—7. GENERAL VOGEL DE FALKENSTEIN.—8. GENERAL HERWARTH.

mi mala suerte, me ofreció su casa, tratándome en ella no como á un criado y sí como á un hijo querido.

Tenia el judío una hija (mi actual mujer), y enamorados el uno del otro, Rebeca no vaciló en hacerse mora, para unir su suerte á la mía.

Con dinero que me folicó mi bienhechor, me hice tratante en caballos, y en la actualidad soy rico.

Sin el deseo de volver á mi patria y de abrazar otra vez la Divina religión de Jesucristo, sería feliz; pero de continuo me atormenta el pensar en el mal estado de mi alma, y el saber que no podré pisar jamás el suelo de mi España querida!...

Diciendo esto el pobre renegado lloraba amargamente, y sacando de entre sus ropas un viejo escapulario de la Virgen del Carmen, lo besaba con el mayor fervor.

Condóleme en un principio en vista de tan buenos sentimientos; pero no tardaron en informarme que el renegado Alí había sido condenado á muerte en España, no por delitos políticos, sino por haber hecho dos asesinatos; uno en Madrid y otro en Algeciras.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

—Donde dice Clotilde, pondremos Carlota raspando algunas letras: Carlota acudirá al baile; en cuanto á don Braulio... le citaré personalmente. Hace tiempo que me debe explicaciones.

CAPÍTULO XVI.

EL BAILE DE MÁSCARA.

Serian los dios de la mañana.

Hombres y mujeres, aquellos en su traje habitual, éstas disfrazadas de ninfas ó beatas, se columpiaban estrechándose al compás de la orquesta, en el salón del Teatro Real, espléndidamente iluminado. Piés y cabezas vacilaban; desgarrábanse trajes aéreos, se profanaban cinturas infantiles, tapábanse los rostros, como si fuera el acto más natural del mundo. La orgía del baile público estaba en toda su fuerza; las bocas exhalaban vapores alcohólicos y palabras licenciosas: los sexos se habían confundido en un abrazo deshonesto; la dignidad humana en traje de Pierrot rodaba por la alfombra. El alma se desviaba con rubor de aquel impuro espectáculo, en que se esplayaban á su sabor la alegría é impudencia, la desander y la lascivia.

¡Qué animado estaba el baile!

—No me explico esta cita, decía para sí, aunque entre la vizcondesa y D. Braulio mediase antiguas relaciones, como se trasluce de esta carta. Indudablemente vamos perdiendo el incógnito, pues de otro modo Amelia me hubiera buscado en cualquier sitio, pero no en un baile de máscara. Bien es verdad que desde mis últimas calaveradas la reputación de D. Braulio ha padecido mucho, y todos sospechan que ha perdido el juicio. Sin embargo, entre Amelia y Clotilde existen celos, ¿querrá la vizcondesa tener de su parte á un íntimo amigo de Luciano? Porque, no nos hagamos ilusiones, es imposible hacer conquistas con el cuerpo de don Braulio.

En aquel mismo momento, como si sus palabras le hubiesen evocado, se abrió el palco núm. 13, y apareció don Braulio en todo su esplendor, sonriendo con aire de triunfo ante una máscara que había llamado á la puerta tímidamente.

Luciano, lleno de sorpresa, examinó con atención á la tapada, dominado por un terrible pensamiento.

—¡Ah! no es Clotilde... dijo respirando: felizmente la estatura y el aire de esa máscara no se confunden con los suyos, pues á no ser así, la abarba sospecha que he concebido, me hubiera hecho representar un papel muy desairado. Comprendo, sin embargo, el motivo de mi ándia: estaba pensando en Clotilde y D. Braulio, cuando

apareció el segundo; nada más natural que la mujer se me figurase Clotilde. ¡Qué extravagancia! Nuestra situación nos reduce á un constante delirio.

—¿Quién será esa mujer? Es irritable ignorarlo y más aún ver que D. Braulio se aprovecha así de mi persona. Soy un hombre cubierto de harapos, mientras otros derrochan mi fortuna.

Y Luciano seguía paseando, sin reparar que desde un palco vecino acechaba una mujer el instante en que estaba vuelto de espaldas para salir sin ser notada. Hecha esta operación diestramente, la dama se le acercó y tomó su brazo.

—¿Le he hecho á Vd. esperar mucho? dijo con voz dulce.

—¿Quién se acuerda de eso? respondió Luciano en el

Luciano esperaba todo ménos aquellas declaraciones, de las que sólo comprendía una intimidad antigua entre Amelia y D. Braulio.

—La mujer honrada víctima de una violencia no tiene disculpas, debe aceptar su desgracia y callar; para defenderse necesitaría dejar leer en su conciencia, lo cual es imposible.

Y Amelia se detuvo al parecer muy afectada; pero en realidad para observar el efecto de sus palabras. Luciano continuaba impassible.

—En fin, no hablemos de lo pasado, añadió; mi objeto no es personal; sólo quiero demostrar á Vd. que no soy insensible, que si llené su corazón de dudas y tristeza, hasta amargara me produjo; al amor sucedió el desprecio: he caído de muy alta.

Luciano se sonrió y dijo insistiendo:

—Razon más para que tratemos de conocerle, bien á fin de conjurar los peligros.

—Repáre Vd. que están embriagándose, y pudieran no respetarnos.

—Descuide Vd., Amelia, dijo Luciano entrando en el café con la vizcondesa.

—Entonces dejaré para más tarde contar á Vd. la manera indirecta por que he sabido los amores de Teodoro y Adela; la conducta desarreglada de aquel y su venida al baile por unas relaciones vergonzosas.

—Como Vd. guste.

Luciano condujo á Amelia á un velador desocupado junto á la mesa en que se solazaban Teodoro y sus amigos.

ESTADO MAYOR GENERAL FRANCÉS.



1. EMPERADOR NAPOLEÓN.—2. PRÍNCIPE IMPERIAL.—3. GENERAL LEBCEUF, MINISTRO DE LA GUERRA.—4. GENERAL FROSSARD.—5. MARISCAL CANROBERT.—6. MARISCAL BAXAINE.—7. MARISCAL MAC-MAHON.

tono más suave: no sé lo que he esperado, sólo sé que he temido llegase este momento.

La vizcondesa no dejó de extrañar aquellas frases galantes en un hombre que hacía muchos años sólo acostumbraba á dirigirla miradas de adiosas.

—La careta, murmuró: como tengo el rostro oculto, sus odios hacen tragnas; y añadió en voz alta. Lo que dice Vd. ¿es un cumplido ó un reproche?

—No puede ser lo último, vizcondesa, porque pecaría de desatento, y en cuanto á lo primero, ¿creo Vd. que un viejo como yo, abandonado del amor hace mucho tiempo, no tiembla al sentir entre el suyo un brazo tan hermoso?

—Dejemos las galanterías, D. Braulio, dijo Amelia, no sin convencerse ántes con extrañeza de que el anciano hablaba sin ironía.

Y luego pensó:

—Sería dableioso remover en su corazón aquellas cenizas tan antiguas. Conquistar á un jóven, todas pueden lograrlo; pero incendiar el alma de un viejo lleno de disgustos y padre de familia, obligándole á cometer locuras, es un triunfo.

Este pensamiento hizo sonreír á la vizcondesa.

—No sé cuál vanguardia es preferible, repuso interiormente: ¡bah! me parece la mejor la más segura.

—Don Braulio, dijo Amelia, extrañará Vd. mi cita, y le debo explicaciones: ante todo necesito un ligero preámbulo. Yo no soy la mujer que Vd. se imagina, fría, egoísta y sin escrúpulos; pero no quiero ni puedo disculparme.

Segunda pausa: la misma tranquilidad en el rostro de Luciano. Amelia iba creyendo que el alma de D. Braulio se había hecho insensible á los recuerdos y estaba asegurada de incendios: el silencio con que la nia era humillante, por lo cual determinó abreviar aquella onerosa escena.

—Hace tiempo he buscado ocasión de prestar á usted algun servicio para probar que no le soy ingrata; hoy que la he encontrado me considero muy dichosa. D. Braulio, su hija de Vd. está enamorada de un hombre que no la estima y de quien debemos salvarla. Quiero contribuir á esta buena acción para que seamos amigos.

La revelacion de Amelia causó un efecto desagradable en Luciano: esperaba oír una historia curiosa, ó algo que tuviese relación con Clotilde, ó verse objeto de una intriga; nunca, haber sido llamado á un baile para arreglar asuntos ajenos. Disimuló como pudo su desencanto, y dijo aparentando interés:

—Hable Vd., vizcondesa, que estoy impaciente.

—Se trata de Teodoro...

Al llegar á esta parte de la conversacion, se hallaban á la puerta del café casual ó intencionalmente. Amelia fingió un grito de sorpresa.

—¿Qué le sucede á Vd.? preguntó Luciano.

—Nada: que allí tenemos á Teodoro, y aunque sabía que le encontraríamos en el baile con sus amigos de desorden, no esperaba fuese tan á tiempo.

—¿Quiere Vd. que entremos á tomar algo?

—Oh, sí; tengo sed: pero no nos acerquemos á su mesa, porque es un calavera atrevido é insolente.

Todos ellos hablaban en voz alta, y el mozo destapaba con frecuencia botellas de Champagne. La llegada de Luciano y su compañera no interrumpió la algaraza; ántes bien la presencia de una máscara elegante y bella en apariencia bastó para que algunos aumentasen el estrépito por llamar la atención hacia sus personas.

Teodoro palideció y desocupó un vaso como para animarse; Amelia le lanzó una mirada cariñosa, y recogiendo discretamente la falda, dejó asomar un pie menudo y provocativo.

Se acercaba un momento solemne; la conspiración urdida por Amelia estaba para estallar. Teodoro iba á dar á la vizcondesa su mayor prueba de cariño, declarando en voz alta que la mujer de D. Braulio y Luciano se hallaban solos en un palco. Es verdad que ántes de aceptar papel tan peligroso, había alegado su cobardía para excusarse; pero Amelia le hizo comprender que su embriaguez le serviría de disculpa, y que el enfado de don Braulio recaería sobre los amantes.

Apesar de esta probabilidad tan razonable, Teodoro temía el primer ímpetu de D. Braulio, cuya viveza conocía; pero la fascinación de Amelia, la esperanza de conquistar aquella espléndida mujer y la fuerza del compromiso, le determinaron á acometer la empresa, como quien se resigna ciegamente ante un influjo superior é irresistible. La entrada de Amelia y D. Braulio en el café era señal de que Carlota y Luciano estaban en el palco: Teodoro tembló en el momento decisivo.

En cuanto á la vizcondesa, parecía muy tranquila.

—No hay remedio, pensó la víctima de Amelia, al

ver que ésta le animaba con la vista; abreviemos el martirio.

—Señores: un escándalo, dijo en voz alta, después de beber otra copa: voy á referir un verdadero escándalo, citando nombres conocidos.

—¡Bravo! ¡bravo! prorumpieron en coro los amigos, chocando vasos y aplaudiendo.

—El escándalo es la garantía de la honradez y el castigo del vicio, dijo un pollo.

—Entonces escandalicemos al mundo para moralizarlo.

—Habla, Teodoro, cita á las culpables con su nombre y apellido.

—Y el delito que han cometido.

—Se supone.

—Es evidente.

—No hay más que un delito.

Aquellas voces se habían sucedido en un instante. Amelia prestaba gran atención, y para tranquilizar á Teodoro, apartó la botella del agua que tenía D. Braulio entre las manos, y dijo á éste en voz baja:

—Están completamente faltos de juicio: sería prudente retirarnos.

—Un momento, vizcondesa: sus impertinencias me distraen.

Teodoro, después de tomar aliento, prosiguió cumpliendo su programa.

—Luciano Herrera está ahora mismo en el palco principal núm. 13, acompañado de una dama cuyo nombre voy á revelarles.

Al oír aquellas bruscas palabras, Luciano se volvió hacia Teodoro, mirándole con asombro.

La mirada del falso D. Braulio hizo estremecer á Teodoro, que conoció iban á faltarle las fuerzas para cumplir su cometido.

—El nombre de la culpable.

—Muy conocido... por la familia á que pertenece.

Luciano clavaba su vista en Teodoro con una insistencia abrumadora, haciéndole perder su aplomo. Amelia observaba á uno y otro alternativamente, deleitándose en su triunfo.

—¡El nombre! ¡El nombre! gritaban á la par seis ó siete bocas.

Luciano, aunque tenía más curiosidad que el resto de los oyentes, presentía una revelación desagradable y no la deseaba.

—Puesto que me he comprometido á publicar un secreto....

—Date prisa á hacerlo, porque estamos impacientes.

—Aburridos con tanto preámbulo.

—Indignados.

—Pues señor, es imposible, dijo entre sí Teodoro, no me atrevo á dar la prueba de cariño: es una atrocidad peligrosa deshonrar á un hombre públicamente en su presencia, y mucho más á un hombre que lanza tales miradas.

Sin embargo, todos esperaban un nombre que correspondiese á la curiosidad excitada. Era preciso calmar la tormenta, y se acogió á la primera inspiración que tuvo.

—Sabed que Luciano está en el palco con su novia Clotilde.

—La niña virtuosa? ¡Ja! ¡ja! ¡quien lo diría!

—Reservadlo, amigos míos.

—Mañana voy á insertarlo en un periódico, le contestó uno de ellos.

Teodoro respiró por salir del apuro, proponiéndose reparar el daño más tarde, si se le ocurría algún medio, ó confesar que había dicho una mentira.

Si se hubiera podido observar el rostro de Amelia en aquel instante, seguramente no hubiera parecido hermoso. Cuando vió la cobardía de Teodoro, hizo un movimiento de desprecio tan marcado, que apesar de su turbación, Luciano le atribuyó á simpatía por Clotilde.

En cuanto á éste, se puso lívido y apretó nerviosamente un vaso entre sus manos. Estaba seguro hasta la evidencia de que Teodoro había proferido una calumnia y temblaba al ver á Clotilde en boca de la difamación y el escándalo: la magnitud del conflicto le hacía no lanzarse sobre el maldiciente y pisotearlo. Por fin, se levantó con calma, pero muy pálido.

—¿Qué va Vd. á hacer? dijo Amelia sorprendida.

—Confundir á un villano.

—Lo merece; exclamó la vizcondesa en su despecho.

Luciano se acercó á Teodoro, que presentía una catástrofe, y le dijo con voz grave:

—Acaba Vd. de infamar á una joven virtuosa y en nombre de una familia que aprucio debo desmentirle: la gravedad de la acusación infamó que ago de oír, me obliga á contener mi indignación y no castigar á usted como sabe que acostumbro; quiero, con preferencia á todo, desvanecer de tal manera las dudas que puedan

abrigar los presentes respecto del asunto, que Clotilde quede en el puesto que merece.

—Me habré equivocado, señor D. Braulio, y estoy dispuesto á retractarme, dijo Teodoro, temblando como una niña nerviosa.

—No me basta esa retractación se atribuiría á miedo, y el honor de una mujer no consiente dudas: quiero más: exijo más: necesito convencer á los señores de que Vd. es un calumniador, y les suplico me sigan al palco número 13, para que vean á la mujer que está en compañía de Luciano. Sólo así, examinando su rostro muy de cerca, podrán evitarse de raíz las murmuraciones, esos ataques silenciosos que no pueden contestarse y son el resultado inevitable de la calumnia. Señores, creo que ninguno de Vds. se negará á seguirme: es una reparación á que están todos obligados.

Amelia, que había visto destruidos sus planes por la pusilanimidad de Teodoro, al observar el giro que tomaban las cosas, no pudo ménos de decirse con alegría.

—Estoy de suerte.

En efecto, que aquel marido voluntariamente y sin saberlo fuese en busca de la afrenta, era más de lo que hubiera apetecido: era la voluptuosidad de la venganza.

Teodoro, en cambio, conociendo el resultado de la visita, se encontraba en el más horrible compromiso, y murmuraba para sí:

—Soy muy desgraciado.

Amelia conseguía su fin y se libraba de Teodoro.

Teodoro no evitaba el peligro y perdía á la vizcondesa.

Todos se levantaron atravesando silenciosos el café y los corredores hasta llegar al palco. Sólo Amelia, apoyada en Luciano, le dijo en voz baja:

—Pero... ¿consentirá Luciano en descubrir á una máscara que está bajo su protección?

—Entre Clotilde y una mujer que se encierra con él en un palco, la elección no es dudosa.

—Temo, sin embargo...

—¡Oh! trataré de convencerle; y mandé abrir el palco: ruego á Vds., añadió, que me permitan persuadir á mi amigo.

Todos, hasta la vizcondesa, se retiraron discretamente, pero á una corta distancia, llenos de curiosidad, de impaciencia ó de temores. El miedo de Teodoro no le daba lugar de avergonzarse.

—¿De qué se trata? dijo D. Braulio saliendo á la puerta, mientras Carlota se tapaba el rostro en el interior del palco.

Luciano le contó en pocas palabras y en voz baja todo lo ocurrido, manifestándole su proyecto. D. Braulio se sintió anonadado.

—Es imposible lo que Vd. pretende: la mujer que está con usted en el palco, es Carlota.

Á su vez quedó Luciano estupefacto.

—No importa, dijo por fin el honor de Clotilde ante todo.

—¡Antes que el mío! Nunca; respondió D. Braulio resueltamente.

—Calcule Vd., D. Braulio, dijo Luciano exasperándose, que vengo decidido, y si Vd. se opona, yo mismo llamaré á Carlota y la mandaré que se desentrañe pidiéndola en el acto: soy su marido en apariencia y me obedecerá ciegamente.

Don Braulio conocía la verdad de aquellas palabras y no sabía qué determinar en tan terrible aprieto.

—Me encuentro sin defensa, dijo lleno de cólera, y usted abusa de mi estado.

—De ninguna manera, contestó Luciano, mañana mismo nos batiremos, y con estos débiles puños no será mía la ventaja.

—Pero es necesario que yo muera para que mi honor quede satisfecho.

—Morirá Vd., D. Braulio; pero acabemos, porque esta escena se prolonga.

—Luciano, reflexione Vd. la gravedad del hecho...

—Don Braulio, que llamo á Carlota y la perdono.

—Eso no; bastante ignominia tiene sobre sí mi nombre antes respetado: convoque Vd. á sus amigos y salga á la vergüenza el rostro de Carlota; pero le advierto á usted que para el mundo, Vd. es el marido engañado y yo soy el amante de su esposa; está Vd. en el deber de abofetearme, es decir, de abofetear su propia mejilla.

—Así lo haré, ya que Vd. lo juzga necesario.

El honor había puesto á D. Braulio en el caso de pedir á un amigo un bostón: hay favores que no pueden negarse á un amigo.

Luciano se aproximó al grupo que esperaba con impaciencia el resultado: D. Braulio tardó algunos minutos en salir del palco, lo cual hacía temer un contratiempo. Por fin abrió la puerta.

—Señores, nadie más interesado que yo, dijo, en desvanecer toda duda acerca de Clotilde: la señora que está

dentro del palco, al oír lo que proyectábamos, se ha desmayado: entren Vds. un momento y examinen su rostro antes de que vuelva en sí; entretanto, como mi amigo no tiene interés en conocerla, porque no duda de Clotilde, se pasará conmigo en el pasillo.

Todos obedecieron con placer, excepto Amelia, cuyos planes deshacía aquella resolución inesperada.

(Se continuará.)

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS.

(Continúa.)

No bien hubo dicho esto, cuando se levantó una descomunal gritería, y á no entrarse tan pronto, acaso le saludara con alguna sopa de arroyo, y como aquello no se apaciguase, salieron las guitarras para comenzar la fiesta.

Estas componían la orquesta de entonces y tocaban antes de empezar la función y cuando requería música, así como para los bailes. Para contentar al patio, principiaron por tocar alguno de aquellos bailes más populares y en uso entonces, como el *Danzolondro*, la *Gato-tumba*, la *Zarabanda*, etc., cuya música acompañaban algunos con las palmas.

Con esto se sosogó el ruido y se satisfizo el deseo de los comediantes de no empezar hasta que llegasen los personajes esperados, además de mejorarse el partido de su bolsa con nuevas gentes que entraron, al saber que llegaban á tiempo de ver toda la función.

Levantaron por fin la cortina y dióse principio por una loa.

Apareció en ella una dama moza, de agraciado rostro y deslumbrante atavío, puesta en pie sobre un globo rodante y derramando del cuerno de Amaltea un río de monedas, que á la legua publicaban ser pedacitos redondos de cartón dorado.

Facilmente se dejaba conocer en esta alegoría á la *Fortuna*, que reparte sus bienes á ciegos, porque es de advertir que traía los ojos vendados con un listón.

Decía la *Fortuna* cierta relación en que se lamentaba de no ver á quien otorgaba sus favores. Por azaso oía su queja el *Engaño*, que era un vejete zafno de mirada y guedejas rojas, con calzas y gregüescos de escarlata, acuchillados de negro y un capote en la cabeza, ramatando en la figura de una sirena.

Propóniale el viejo que buscase un lazarrillo y le ofreciese su propio hijo, rapazuelo de pocos años, pero de avieso humor.

Aceptábalo, y desde entonces iba guiado por el *Capericho*, que era el mozocho, de suerte que si mal andaba antes, no mejor después. Ocurríasele á la *Fortuna* ir á premiar al autor de la loa; pero el maldito lazarrillo la llevaba á la vivienda de un bebo y con esto terminaba.

Empezóse á poco la comedia, suspendiendo desde luego los ánimos de todos con las infortunios de *Rosaura* y la dura y extraña prisión de *Sejismundo*, complaciendo sobremanera al concurso las cultas frases con que el príncipe se queja de su desventura en aquellas locanzas dísticas:

Morar, velar, presentarse etc.

Terminó la primera jornada, durante la que D. Pedro informó á D. Luis del nombre y condición de cada uno de los que á la escena salían, haciéndole conocer á *Bárbara Caracol* en Rosaura, disfrazada de mancocho, para cuyos papeles de hombre tenía esta comedianta muy singular bitaricia y despejo, como ya dijo D. Pedro á su huésped.

El escenario era angosto, los trages los que usaban habitualmente, salvo las coronas de hojadelata de los reyes, las cabelleras y barbas de estopa de los viejos, y los mantos y gargantillas de vidrio de las princesas.

Unos lienzos dados con jalgue, añil y almagre eran las selvas, calles y palacios, y las colchas de las camas componían el artificio del salio real de *Rey de Polonia*.

Mientras se preparaban los cómicos para el primer entrún, que debía ser antes de la segunda jornada, don Luis observaba desde su asiento lo que pasaba en el corral.

Suspense estaba en esta contemplación, cuando su amigo D. Pedro le interrumpió diciendo:

—Apostaría algo de bueno á que os lleven la atención aquellas mujeres de la escuela, que sentadas en el pre-

fil de la delantera * y desembozadas de sus mantillas blancas, están haciéndose muecas con aquellos dos manecobos del patio.

—Habeis dado en ello y me sorprende no poco su desenvoltura. ¿Reparásteis? La más resuelta les ha tirado con la cáscara de media lima.

—Y el uno la levanta del suelo y la lleva á sus labios, como haciendo besamanos por el favor.

—Mal sienta en mujer tanto desenfado, si doncella por el peligro del recato y si casada por resguardo de la honestidad y honra del marido.

—Eas no tienen ninguno de tales peligros que corren: son aves de reclamo, de las que habitan en la calle de la Primavera, y en cuanto á los galanes, el uno es manecobo de una barbería y el otro mozo de un doctor, que como casi de un arte son conocidos y se recogían juntos.

—Allí parece que se traba pendencia y aun que se tercián las capas á manera de broquel y ponen los puños en los de las dagas. Las mujeres chillan en la cazuela; una que ha conocido á su marido en uno de los pleiteantes, se toma de un desmayo y aumenta la confusion.

—No temais, que ya aquellos ministros han sacado á los inquietos y dos amigas caritativas á la desmayada y le rocían la cara con el agua de la garrufa de un alojero.

—Bueno es que alguna vez sean de provecho los alojeros en estos parajes; pero por mí los haria retirar, pues sólo sirven de mayor confusion y escándalo.

—Tenéis razon, porque trís de incomodar al concurso con sus continuas iras y venidas, son parte para no pocos desatreglos: ved si no aquel, de concierto con el barberillo, que le hace señas mostrándole á las mozas de la mondadura de lima: no aventaría en afirmar que tratan de regalarlas con algunas empanadas, pasas ú otra golosina.

—En efecto, ellas las hacen señas de que así lo verifican, con manoteos y otros ademanes.

—Y por cierto que deben molestar á las de ateta y ya les reclaman prudencia: juzgando por su accion y al murmullo que hacia tal parte se levanta, deben haber movido pendencia, gracias á que el *apretador* * las ha hecho entrar en razon.

—Sosogóse todo con alzarse el telon y pasó sin novedad la segunda jornada.

El que hacia el papel de Astolfo era un mozo alto y descuadrado, que brincaba á un lado y á otro, como quien se ahoga, dando desaforados gritos, manera que tomaban muchos éditos, imaginando que el manoteo y esfuerzo de pulmones eran las mejores partes de un galan.

Trás esta jornada venia un entremés, con que la gente entretenia el ocio, mientras se preparaban los primeros papeles ú descansaban. El entremés era una representación de algun suceso barlesco, breve, lleno de sal y gracejo, y que frecuentemente daba fin con aporrearse los personajes.

—¿Es posible, D. Pedro, decía D. Luis, que haya gentes dedicadas con gusto á vida de tantos azares? Su mayor anhelo es hacer reir á una multitud, que no pocas veces premia sus afanes con silbidos y disterios, si no hace más pesada la fiesta, arrojándoles al tablado cosas que pudieran herirles.

—Ciertó es eso; pues todo lo sufran con tal de gozar de una gran libertad que tienen, andando por toda España, y apesar de todo, siendo no pocas veces agasajados de los mismos que los maltratan.

—Extráñolo más en las mujeres, en quienes el recato es condicion natural, como el brillo en el acero, pero con notable riesgo del órn, si no se le cuida con la más exquisita diligencia.

—Costumbre es la de salir mujeres á las tablas no conocida en lo antiguo y data sólo de la mitad del pasado siglo el permitirlo, y no hace muchos años se les prohibió que fueran en las compañías; pero hoy es ya tolerado ábrazo *.

—También tenían prohibicion de vestir galones y azlas, y ven Vd. si arrastran galas *.

En esto se acercó á ellos un sacerdote, con un hábito á los pechos, pidiéndoles la limosna que era costumbre hacer para los hospitales, por pertenecerles este corral y el llamado de la Cruz, y D. Luis y D. Pedro depositaron unas monedillas en el capillo.

Á continuacion siguió la tercera jornada, siempre con extremado aplauso del público, ain que hiziese falta la excitacion que á lo último de las comedias solian poner sus autores al público pidiendo de sus faltas.

Perdón, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas *.

—Brava comedia á lá mia, señor D. Pedro, y bien mercedadas tiene Calderon todas las mercedes con que S. M. (que Dios guarde) le honra, sentando bien sobre tan cristiano poeta la encomienda de Santiago, cuyo hábito viste *. Las musas castellanas le aparejan largos dias de gloria que ha de gozar España por sus merecimientos.

—Ciertamente puede estar orgulloso nuestro siglo con dos tan felices ingénios como Lope y Calderon, aparte de otros muchos á quienes premia y alienta con larga mano régio Mecenas, en la persona del cuarto Felipe, nuestro señor.

—Dicen que tambien frecuenta las musas, doncellas que no se desdellan de inspirar su coronada frente, desmintiendo con eso la comun fama de miserables que los poetas gozan.

Á este tiempo empezaba el baile: ya hemos en otra parte * dicho la inclinacion que entónces arrastraba á todos á los bailes, inclinacion que hoy aún se conserva: hemos hecho mención de algunos de aquellos más en uso en el pueblo, que tantos tenía puestos en boga, distinguiéndose por la letra que les acompañaba y que servia muchas veces para denominarlos, como *Válate Borrachás el pollo y Gaudí y lebrúá*, que en la venta está, etc.

Los bailes teatrales tenían su analogia con éstos, pues eran hablados y por consiguiente con su letra, siempre grotesca y entremesada, siendo como precursoras de los que en nuestro tiempo han llegado á presentarse, aunque sólo con música, con tal basteo y agilidad de pierna.

Por lo general salian los bailarines en confusion, haciendo los pasos de baile despues que el principal personaje, que era el gracioso, exponia en unos cuantos versos, á manera de introduccion, el asunto del baile, y entónces se alzaba la cortina.

Cada uno, á medida que recitaba, hacia sus mudanzas en el baile y léngó sus cruzados con los demas, durando estos espectáculos escasos minutos.

Pero oigamos á nuestros caballeros.
—Ahora, señor D. Luis, verá vuestra merced un baile, compuesto por el ingenioso Bamevante *, flor y nata de los poetas bailinistas y entremeseros y que ha dado nombre á los por él llamados *azetes* *.

—Y podríais decirme cuál es el título del de hoy?
—Si mal no me acuerdo llámase *El Sueño*, y en mi ánimo que os agrada. Pero ved, ya sale el gracioso, el mismísimo *Juan Ruiz* en persona *, único por lo do-

llezna, que al siguiente respondió á las Cortes que sollicitos en restablecimiento; pero que fin en 1604 las desistió. Volvieron á suplicarse á su molestia pero la regente Ana de Austria las autorizó en 30 de noviembre de 1604. En tiempo de la casa de Borbon tambien tuvieron sus libertades. Perdonando VI las prohibió en algunos puntos, como en Valeneta, Calahorra y Zaragoza, en este último instituyó la del arzobispo; pero permitidas despues, accedió el Reyendo de la casa de las comendadas y la ciudad pidió á Carlos III permisos para demoler el coliseo, rodeada con las muchas victimas que el incendio produjo la noche que aconteció se representó una ópera italiana llamada *Artaxerxes*.

* Con estos versos termina *La vida es sueño*. La costumbre de pedir al público disculpa de las faltas era ya antigua y ha permanecido hasta el día.

* Le fue concedido en 1606, por su comedia *Las tres magaras arcaicas*, que con tal pompa se representó en una fiesta celebrada por los reyes en el real sitio de la casa de Campo.

* En otro acto de esta comedia, todavía inédito.

* Este Quilón de Benavente, poeta de los, bailes y entremeses el baile que aquí se describe es uno de los escritos por él.

* En el arte de la casa de estrova se llamaba *sainte* á un pedacito de carne que se dá á las aves amaestradas, cuando volaban á la parrilla, para cebarlas. Tambien tenía este nombre en lo antiguo una salsa apetitosa con que se esparcimentaban ciertos manjares. Acaso Benavente llamó *sainte* á sus breves piezas dramáticas por metáfora, comparándolas con el ceba de las aves de estrova, porque alzan al público, ó porque eran la *sainte* piénte y apetitosa que sazónaba lo grave del resto de la fucion.

* En este tiempo se hicieron célebres muchos representantes, entre ellos Aguado de Rojas Villalobos, autor del *Viaje en escabilla*; Stoquá de Figueroa y Blas, ámbos favoritos de Lope; Villado, á quien Tirso dioja sobrenombres; Alonso de Olmeda y Sebastian de Prado, piales en aplausos en tiempo de Calderon; Prado de la Rosa; Juan Bana, el mejor gracioso que pisó las tablas en los tiempos de ámbos Felipes tercero y cuarto; las dos Alopas; Josefá Vaca; Barbara Coronel, que era extruñada en los papeles de hombre; María de Córdoba, muy celebrada por Calderon, Quevedo y Villamediana, y finalmente, María Calderon, querida de Felipe IV y madre del segundo D. Juan de Austria.

nauroso de sus chistes y la verdad de su remedio. Mirad, le acompaña la graciosa: él representa el *Sueño* y ella la *Noche*; escuchad cómo empiezan:

GRACIOSO.
Yo soy el sueño.
GRACIOSA.
Yo soy la noche.
GRACIOSO.
Que pretendo hacer un baile.
GRACIOSA.
¿Como ha de ser?
GRACIOSO.
Durmiendo, durmiendo.
Atencion que soy el *Sueño*.
Que todo lo sabe á ciegas,
Y no de hacer en fantasia
Plaza de todas mis ciencias, etc.

¿Veis? alzóse la cortina: alrededor de una mesa bäuse dormido y están soñando con el logro de sus deseos varios personajes, entre otros una tia fingida, que piousa que habla con un galan, á quien encarece las gracias y recogimiento de la moza.

—Brava invencion ha sido: oid, la *moza* por su parte sueña que há enojos con el *pagote* *.

—No os dá risa cómo ese *vulturno* sueña haber atravesado á su contrario con una suerte de esgrima?

—La *Freyona* imagina hallarse en dulce coloquio con un lactyo; pero quien mayores congojas pasa, es el *poeta* trasnochado, á quien zumban los oidos con la silba que le prepara el patio: allí es el gesticular; ved cómo suplicante se postra diciendo:

Déjame, *mozo matorra*,
Pues el paso de la vela,
Entrando el padre y tú en medio,
¿Qué me quieren los *poetas*?
¿Qué me pide la *tertulia*?
¿Qué me quiere la *cazuela*?

—Ahora danzan en ala, repitiendo á coro sus recitados; pero la cortina pone fin á la comedia: salgamos, si no lo tenéis á mal; mas espereemos primero á que vayan saliendo los del patio, si no hemos de alborotar á la mosquetaría con nuestro paso.

Hicieronlo así, y despues de algun tiempo dejaron sus bancos de barandilla y se dirigieron á la puerta del teatro.

—¿Vais, di'o D. Pedro, aquel caballero de rostro noble y apacible, que está á la puerta *, con una vena de Santiago á los pechos? Pues nada ménos es el autor de la comedia, el feliz y portentoso ingénio D. Pedro Calderon de la Barca, gloria de nuestro Parnaso y estrella fija del cielo de la poesia española; ved cómo recibe los plácemes y besamanos de los concurrentes y amigos, entre ellos de los poetas sus compañeros, algunos de los cuales, como del oficio, sienten tal vez rabiosa comexon y mortal envidia de que no sea suyo el triunfo.

—Y ¿conocéis alguno?

—Si por cierto: aquel compuesto de rostro, que *juerte todas* parece tener agasajo, es el Dr. D. Juan Perez de Montalvan, grande amigo de Lope, otro tanto que enemigo de Quevedo: el jorobado de noble frente, es el indiano D. Juan Ruiz de Alarcón: aquel, á quien una maliciosa risilla retoza en los labios, es D. Luis Velez de Guavará, y los que más apartados están, son el cortesano don Antonio Hurtado de Mendoza; Cáncer, tan íco de rostro como bello de alma, y los hermanos D. Diego y don José de Figueroa, César y Polux del Parnaso español, que ni para escribir se separan, siendo cada comedia suya parte feliz de ámbos ingénios gemelos.

Así continuaron su conversacion hasta haberse alejado bastante del corral, y llegando á un gran portal, dijo don Luis.

—Don Pedro, hemos llegado á mi posada, si vuestra merced quiere honrarla, será muy servido viéndousa en ella.

—Estimo en lo que cumple vuestro agasajo; pero vais á hacerme la merced de que no acepte, pues cierto negocio me llama á otra parte: conque os beso las manos y mañana continuaremos los empeños de vuestra pretension.

Con esto se despidieron ambos caballeros, y yo, lector piadoso, habré de hacerlo de tí, supuesto que, aunque muy en borron, he pintado un bosquejo de lo que era un corral y una comedia hácia la mitad del siglo aquel venturoso para el teatro español, en que un Lope y un Calderon señalaban el oriente y ocaso más brillante de que nacion alguna pueda con justicia gloriarse.

JULIO MONREAL.

* *Pagote*, voz truhanesca para motejar á los incautos que los regañaban con su dinero pagando el gusto de las donas.

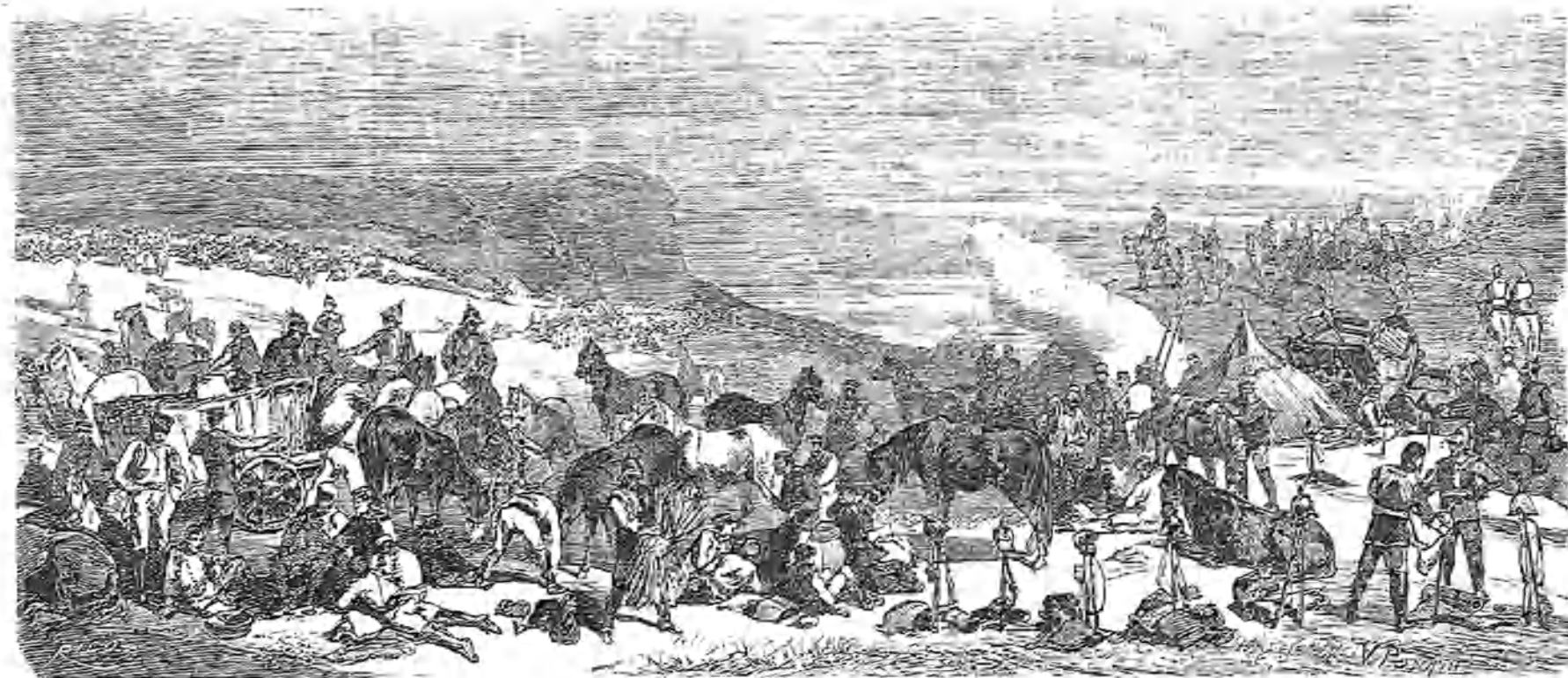
* Era por entónces costumbre que el autor de la comedia se situase en la puerta del teatro á recibir los plácemes de los amigos y conocidos.

* Era el lugar preferido por las que trataban de ser vistas.
* Habrá el significativo nombre de *apretador* al encargado de cobrar á los concurrentes, que hoy llamamos *acomodador*.
* Más adelante se manda que cuando hiciesen papeles de hombre se sacasen sobre el teage una inapición hasta los pies, para que no se registrasen las piernas.
* Felipe II prohibió que salieran á las tablas con hábitos ni cruces de ordenes militares, así como que usasen galones ni banderas: autorizó al principio cinco ó seis compañías y por fin en 1598 prohibió totalmente las comedias. Ya su padre Carlos V, en 1548, había prohibido una pragmática-ordenanza contra las compañías de comedias. Felipe III volvió á permitirlas, en número de seis compañías, que llegaron más tarde hasta cuarenta, anulándose tambien por prohibición; y lo que es más extraño, Felipe IV, el rey poeta y poeta de comedias, las prohibió en 1609, con tal

GUERRA DE FRANCIA Y PRUSIA.



RÁPIDO MOVIMIENTO DE LA ARTILLERÍA PRUSIANA PARA FLANQUEAR LA DIVISION DEL GENERAL DOGAY EN WISEMBURG.



EL REY GUILLERMO ESTABLECIENDO EL CAMPAMENTO DE KAISERSLAUTERN AL AVANZAR EL CUERPO DE EJERCITO DE RESERVA PRUSIANO.

CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

I.

Ya no cabe duda; el cañon truena en el centro de Europa; dos millones de hombres se disputan el honor de servir de blanco á los proyectiles enemigos; costosas obras de fábrica que en circunstancias normales facilitaban la union y amistad de pueblos vecinos y civilizados han sido destruidas como medida preventiva; asolados los campos, despobladas las aldeas, perdidas las cosechas que no se han podido recoger; los artículos de primera necesidad aumentando de valor rápidamente, la crisis metálica asomando la cabeza, paralizado el comercio y todo el mundo con la vista fija en el drama terrible y sangriento que se está representando á estas horas con lujo y aparato inusitado en las fronteras franco-prusianas, y cuyo desenlace, tal vez cercano, preocupa á los hombres pensadores, extraviando su razon, sorprendida con un acontecimiento tanto más grave cuanto más inesperado y oscuro se presenta. Volvamos por breves momentos la vista atrás y fácil nos será recordar las palabras con que Mr. Ollivier, lleno de júbilo y satisfacción, anunciaba al Cuerpo legislativo francés que la paz estaba asegurada en Europa, y que limpio y despejado el horizonte político, no se veía motivo alguno

para que aquella se turbase por nada ni por nadie—; Hermosa perspectiva en verdad, y lastima grande es que su duracion no haya excedido casi del tiempo material que empleó el ministro francés en pintarla y describirla!

Una cuestion al parecer de orden muy secundario, la candidatura de un príncipe prusiano al trono de España, negociacion hábilmente y con gran secreto conducida hasta obtener la aceptacion del candidato, ha sido la chispa que ha puesto fuego á la inmensa pira de materias combustibles que desde hace tiempo acumulaban á porfia Francia y Prusia con tenacidad sin igual. Pero esta cuestion, que apenas conocida se resolvió favorablemente á las intenciones y deseos de Francia, ¿es la causa determinante y eficiente de esta guerra? O en otros términos: ¿tiene España la responsabilidad moral de haber sido con sus gestiones diplomáticas la que ha encendido tan atroz contienda, cuyo fin y resultados no se adivinan? Todo ménos que eso; en vano es buscar la causa de esta guerra aqueando los Pirineos; España monárquica tiene perfecto derecho á buscar rey allí donde crea poder encontrarle; si el príncipe Leopoldo en el trono de España no convenia á los intereses de Francia, claro es que la lucha se hubiera evitado, buscando por medios ménos peligrosos y tal vez más eficaces la renuncia de aquel, y una vez obtenida hubieran vuelto las cosas al ser y estado pacífico que tanto agradaba al parecer al ministerio francés. Nada de esto, sin embargo,

ha sucedido; el príncipe Leopoldo renuncia el trono de España que se le habia ofrecido en aras de la paz europea; Francia, juzgando tal vez como debilidad lo que era hidalguía y desprendimiento, aumenta sus exigencias, no le basta la renuncia del príncipe, necesita que Prusia ofrezca solemnemente no permitir que pueda andando el tiempo ocupar el trono de España ningun otro individuo de la familia real prusiana, si quier este individuo, como el príncipe Leopoldo, fuera pariente más cercano del emperador de los franceses que del rey de los prusianos. Antetamás exigencias el rey Guillermo despidió al embajador de Francia, y el gobierno de esta nacion declaró la guerra á Prusia, sin hacer caso de los buenos oficios y de la mediacion pacífica que especialmente Inglaterra la brindaba. Preciso es ser ciego para no ver en todo esto que si la candidatura del príncipe Leopoldo al trono de España ha sido el pretexto de esta guerra gigantesca, la causa ó causas es preciso buscarlas en otra parte.

El rey Guillermo y su primer ministro con fé y constancia sin igual aspiran á constituir la unidad alemana, idea grande y casi imposible de realizar en corto plazo; Francia sueña con las fronteras del primer imperio, y mientras en los Alpes y los Pirineos le parecen preferibles para ello las divisiones, en el Este pide á toda costa la linea media de su rio: el engrandecimiento material de Prusia aviva sus celos, y aumenta el antagonis-



GUERRA ENTRE FRANCIA Y PRUSIA. — BATALLA DE FORBACH. — LOS PRUSIANOS TOMAN POR ASALTO LA MESITA DE SPICKEREN Y OBLIGAN AL GENERAL FROSSARD A LA RETIRADA.

mo que de tiempo antiguo existe entre ambas potencias fatalidad terrible que tiene en armas estos dos pueblos que se disputan al mismo tiempo la hora de marchar á la cabeza de la civilización europea. En esta mútua desconfianza excitada ayer por el asunto del Luxemburgo, hoy por la candidatura de Leopoldo, mañana sabe Dios por qué, es donde hay que buscar los motivos que han impulsado á Francia á esta guerra desastrosa en que por la fuerza excepcional de ambos ejércitos, y por la inmensidad de los resultados que puede producir es lo más grave y trascendental del presente siglo.

Por tercera vez en diez y seis años el imperio francés despliega su bandera y lanza sus ejércitos al campo; dos de ellas ha coronado la victoria sus banderas, y sin embargo, no ha sido grande el fruto que de sus sangrientas campañas ha recogido. En Crimea trabajó por Austria, cuyo poder humilló después en Solferino; pero se precipitó tanto en pedir á Italia el pago de sus servicios, que apenas acabada la guerra, el amigo agradecido se tornó en servidor frío, y á los pocos años en aliado de la potencia rival de Francia. No es oportuno recordar ahora el ravés que las armas francesas sufrieron en Méjico, ni la reciente evacuación de Roma, para ver una vez más demostrado que la fortuna no es constante, y que coqueta y mudable, suele otorgar sus favores más á los pueblos jóvenes y á las nacientes nacionalidades que á los países viejos y de brillante historia antigua. ¡Dios proteja la causa que más convenga al desarrollo progresivo de la humanidad y á la fraternidad de los pueblos!

II.

Dejando para plumas mejor cortadas que la nuestra y más conocedoras de los misteriosos resortes que mueven y dirigen los asuntos de la alta política internacional de Europa, el discutir y apreciar los resultados que para el bienestar de los pueblos puede proporcionar la actual guerra, vamos á ocuparnos, siquiera sea ligeramente, de los aprestos militares con que Francia y Prusia se aproximan á la lucha, y que exagerados por periódicos y correspondencias rodean de cierto misterio las operaciones militares de esta campaña, atribuyendo á las nuevas máquinas é invenciones distintas propiedades destructivas y poder nunca visto para aniquilar en un momento los batallones enemigos.

Figuran en primer lugar entre los nuevos y poderosos medios de ataque las ametralladoras, máquina que no es en suma otra cosa que la que en el siglo XVI conocían y empleaban con mediano éxito los artilleros europeos, y que designaban los nuestros con el nombre de órgano, nacido seguramente de la disposición de sus cañones, á semejanza de la de los tubos de aquel instrumento músico; claro es, sin embargo, que aprovechándose los modernos de los adelantos que diariamente vienen llevando á cabo las ciencias y las artes, la máquina moderna no puede compararse en su disposición, alcance y efecto útil, con la del siglo décimo sexto; pero no es ménos cierto que su diferencia no es tan notable ni con mucho como la que existe entre el fusil Chassepot y el mosqueté, y que ambas repósan en un mismo principio; esto es, sin aumentar el número disponible de bocas de fuego portátiles, sin que por esto sea preciso que crezca en proporción el de los soldados que han de servirlos. Consideradas únicamente bajo este punto de vista, cierto es que las ametralladoras son un adelanto militar notable, pues que empleando para su manejo solamente dos hombres, su efecto útil es el de veinte carabinas; pero si dejando de considerarlas como armas portátiles se las quiere comparar con las baterías, á las compuestas de piezas de pequeño calibre, tirando metralla, el resultado es fatal para las nuevas máquinas cuyo alcance máximo será de 500 á 600 metros y cuya desviación en él apenas pasará de unos cuantos pies; de modo que en nuestro sentir, si pueden prestar grandes servicios, en alguna circunstancia particular como en la defensa de un puente ó de una calle, etc., no podrán nunca sus veinte balas por rápida, que se suponga la sucesión de los disparos, impedir que un batallón despliegue bajo su fuego, ni ménos detenerle cuando marche hacia ellas á la bayoneta; además que los tiradores enemigos, adelantándose favorecidos por los accidentes del terreno, darán buena cuenta de los sirvientes de ellas dejando lo demás al cuidado de las columnas que los sigan. Nada importa que una ametralladora en el polígono destruya en corto tiempo los caballos de deshacho; todos los hombres de guerra saben demasiado que ni el corazón ni el pulso está sobre el campo de batalla, y cuando el enemigo responde con la tranquilidad y precisión en sus movimientos que tiene el tirador que apunta sobre un blanco inanimado é insensible. El resultado de la campaña demostrará si nuestra opinión es ó no aproximada á la verdad; en

tanto que aquel llega, sea lo que fuere esperar que se acogieran con cierta reserva las noticias de las innumerables bajas causadas por las nuevas máquinas, que tal vez levante algo la excelente moral del soldado francés, pero que de seguro no han de ganar batalla ni encuentro alguno por sí solas.

Hacemos gracia á nuestros lectores con no ocuparnos de las balas explosivas, bombas asfixiantes, globos aerostáticos y las demás invenciones que, á falta de noticias de buena ley, han servido estos días de tema obligado en todas las conversaciones de tertulias y cafés á curiosos y desocupados. Lo único que puede asegurarse es que ambos ejércitos rivalizan en instrucción y buen espíritu, que están provistos de todo el material de guerra necesario, y que para ninguno de ellos ha sido perdida la experiencia de la campaña de Bohemia; de modo que los militares tienen razón al creer que esta guerra ha de resolver las cuestiones que años hace se están discutiendo en libros y periódicos militares, y que defendidas y atacadas con gran copia de razones, sólo resta que la experiencia demuestre de parte de quién está la razón. Por nuestra parte creemos difícil que la cuestión tan debatida de la utilidad de las grandes plazas fuertes, así como de las ventajas del sistema alemán de fortificación sobre el abaluartado, puedan demostrarse palpablemente en el curso de esta campaña terrible y sangrienta, pero por lo mismo breve, á ménos de que complicaciones posteriores no aumenten el número ya crecido de combatientes, tomando parte alguna ó algunas naciones hoy neutrales. En cuanto al papel que en esta campaña vá á representar el arma blanca, nulo ó insignificante según la opinión de los más, seguimos creyendo lo mismo que la experiencia viene demostrando hace siglos: esto es, que las nuevas armas de precisión, la artillería moderna, etc., podrán preparar en ménos tiempo y desde mayor distancia el ataque, pero que siempre quedará á la bayoneta la terrible misión de resolverle y á la caballería la de hacer proyección la victoria.

Si los ejércitos que van á disputarse la victoria en el valle del Rhin, son hoy tal vez los primeros de Europa, no puede tampoco negarse que las naciones á que aquellos representan estaban hace tiempo esperando, acaso con impaciencia, el momento actual para dar rienda suelta al entusiasmo con que ven la guerra que piensan ha de darles el primer puesto en la política del mundo. De nada importa que la extrema izquierda acogiera con profundo silencio la declaración de guerra hecha en el Cuerpo legislativo francés el 19 de julio; á viva fuerza dispersaba el pueblo las pocas manifestaciones que en favor de la paz se celebraron en París; numerosos grupos recorrían las calles de la gran ciudad cantando la Marsellesa y dando vivas á la guerra; los alistamientos voluntarios eran numerosos y el entusiasmo francés se manifestaba como siempre frenético y ruidoso. Desde el 15 de julio empieza, pues, en Francia los aprestos militares, se llaman las reservas, se organizan los ejércitos, se embarga el material del camino de hierro del Este, y la Guardia imperial y los ocho cuerpos del ejército francés se disponen á la guerra dirigiéndose al Rhin lo antes posible. Los caballos y el equipo de campaña del emperador marchan á la frontera, y numerosos trenes con víveres, municiones y efectos de hospitales preceden, acompañan y siguen á los batallones franceses. La Guardia móvil organiza los suyos: que se dirigen al campo de Chalons, apenas retenido por el ejército, y en los arsenales, en los parques, por mar y por tierra se ven las muestras de esa actividad febril y bulliciosa, carácter propio y peculiar de la raza latina, exagerado aun si es posible en la nación francesa.

Prusia por su parte no está desaperejada á la lucha; los fáciles laureles conquistados en Dinamarca, ni los costosos y sangrientos alcanzados en Sadowa, no le han negado, y con una actividad tan grande, si no mayor que la de Francia, pero encubierta por una apariencia de calma y tranquilidad hija del carácter de sus habitantes. Llamo también sus reservas, arma sus tropas, desocupa sus parques y en poco días, sin ruido, sin apresuramiento, de la misma manera que si se tratara de formar un cuerpo de maniobras, ó una gran parada, dicta sus disposiciones, y trata su ejército como el de la Confederación del Norte se encuentra en los puntos que debe ocupar según el plan de campaña. No hay en Prusia manifestaciones ruidosas contra Francia, no se derrama en los cafés la obscenidad y el licor al son de canciones guerreras que recuerdan tiempos de sangre y desolación; los prusianos, á despecho las cosas de la guerra lo mejor que han podido, dirigen su voz á Dios y solicitan su protección y amparo en la sangrienta lucha que van á emprender, antonando su himno nacional, elemento plegario que hace asumir las lágrimas á los

ojos de los veteranos; lo mismo que de los bisoños, despertando á la vez el amor patrio y la confianza en la Providencia.

III.

Durante todo el tiempo transcurrido desde el 16 de julio al 1.º de agosto y que pueda con justicia denominarse el período de preparación de la campaña, los ferrocarriles franceses y prusianos han prestado á sus respectivos países servicios incalculables y numerosos, cuya importancia sería ridículo desconocer; esto, sin embargo, no basta para juzgar y apreciar debidamente el papel que deben representar las vías férreas en las campañas modernas, pues no se ha discutido ni negado jamás su grande utilidad en la defensa de las fronteras. Los caminos de hierro, considerados como elementos de combate, han sufrido la misma suerte que todos los descubrimientos humanos: desconocida primero su utilidad y tachados de ilusos y visionarios sus defensores, fué después aquella exagerada, no faltando crítico, y francés por cierto, que atribuía á ellos el éxito feliz alcanzado por los prusianos en la campaña de Bohemia. Nos son desconocidos los detalles del transporte de tropas que han llevado á cabo los ferro carriles prusianos; pero es verdaderamente admirable el movimiento que la tenido en esta época y con motivo de la guerra el ferro-carril del Este de Francia. Durante cuatro días consecutivos han estado saliendo 50 trenes diarios cargados de tropas. Cada tren lleva 1.100 hombres de infantería, el de caballería 170 caballos, y los de artillería una batería, ó seis ametralladoras con toda su dotación. Treinta minutos bastaban para el embarque hecho por los empleados de la compañía. Los trenes llevaban por marca una letra del alfabeto, de manera que se sabía su salida y su arribo con plena seguridad. Se han empleado diariamente 2.000 vagones, propios de la compañía del Este, y 500 de la del Norte. Lo más asombroso es que en 200.000 hombres conducidos no haya habido una sola desgracia.

El telégrafo eléctrico, invento tal vez el más prodigioso de la moderna civilización, ha empezado también á tomar parte en las operaciones de la actual guerra. Las estaciones telegráficas de campaña se han instalado en pocos momentos en los sitios más convenientes; los hilos conductores arrollados dentro de carruajes apropiados, ó á largo en los terrenos montañosos, han puesto en comunicación los grandes cuarteles generales con los divisionarios y hasta con las estaciones permanentes más próximas. De esta manera pueden comunicarse los órdenes á los diferentes cuerpos de un ejército numeroso, con más facilidad que se hacía años atrás á las divisiones de un cuerpo de 20 ó 40.000 hombres.

Con el auxilio de estos dos poderosos inventos, los dos ejércitos enemigos se han concentrado en pocos días en sus fronteras respectivas, y aguardan en posición el momento oportuno de librar batalla.

Cuáles son estas posiciones, es lo que detalladamente ignoramos; la prensa francesa, reducida al silencio por una ley tiránica de su gobierno, y la alemana muda por efecto de una respetuosa y cortés invitación del gabinete prusiano, apenas dejan adivinar y siempre con retraso las fuerzas y desigualdades que ocupan ambas contendientes. Las cartas de los correspondientes dan algunos más detalles; pero sabido es el rigor con que se los trata en el cuartel general francés, que sus noticias son las más veces de refresco y por tanto necesitan siempre confirmación.

Pero si nada puede evidenciarse acerca de las posiciones exactas y maniobras probables de ambos ejércitos, no cabe duda que el prusiano, dividido en dos, apoya su derecha en Tréveris sobre la derecha del Mosela y se extiende por detrás del Sur hacia Neunkirchen y Landau protegiendo al frente por fuertes destacamentos y apoyado por el ejército de reserva que manda el rey en persona, al abrigo de las fortificaciones de Coblenza y Maguncia. Supónese, y no sin fundamento, que estas fuerzas se han atrinchado en sus posiciones, aguardándose que tienen defendidos los puntos precisos de paso por medio de fogatas y hornillos convenientemente dispuestos; si este rumor se confirma será buena prueba de que los generales prusianos aprecian en lo que valen estas defensas improvisadas que economizan sangre y dificultan el ataque al enemigo en la orilla derecha del Rhin el príncipe heredero ha reconcentrado las fuerzas del ejército alemán del Sud entre Radstadt y Mannheim, y los generales Vogel de Falkenstein y Stelmor defienden las provincias marítimas. Los contingentes de Haviera, Wurttemberg, Baden y demás de la confederación del Norte se han incorporado al ejército prusiano que cuenta en la actualidad con unos 700.000 combatientes. Siguiendo una antigua costumbre prusiana el rey Guillermo manda

en jefe y su esposa está ya en Colonia en medio de sus soldados.

¿Cuál es el plan de campaña de los prusianos? Se ignora; el secreto más profundo cubre todas sus operaciones y en vano sería que nos perdiéramos en el campo hipotético de las conjeturas, molestando á nuestros lectores con el relato de los infinitos proyectos que con su largueza acostumbrada ocupan la atención pública los periódicos diarios. Reducido nuestro papel al de cronistas, sólo admitiremos como ciertos en estos artículos los acontecimientos que lleguen á nosotros por los periódicos y correspondencias de las dos naciones contendientes ó por las cartas directas de nuestros correspondientes; de esta manera conseguiremos dar á nuestra desaliñada relación un colorido de verdad, por el que creemos compensar lo descuidado del estilo y la falta de novedad en las noticias.

El ejército francés apoya sus flancos en Thionville y Strasburgo, estando reforzado su centro con tropas escalonadas desde Metz á Saint-Avold, que pueden dirigirse según convenga, ó hácia Sarreguimenes y Forbach para entrar en Alemania por Saarbrück ó Saarlouis, ó costando el Mosela por Thionville y Sierck hácia Tréveris. El emperador Napoleón, que manda el ejército en persona, llegó el 28 á Nancy y el 29 tomó el mando visitando las avanzadas de su ejército. Todo, pues, hacía presumir que el momento de emprender las operaciones había llegado, y sin embargo los días iban pasando sin recibir parte ni noticia alguna de choques importantes en la frontera. Comentábase de distintas maneras esta dilación intencionada ó casual en el rompimiento de las hostilidades, dilación que no se explica satisfactoriamente más que por las dificultades inmensas con que debe tropezar la administración francesa para acopiar víveres con que partir á tan considerable ejército durante su marcha hácia el enemigo. Pequeños é insignificantes tiroteos entre las patrullas más avanzadas, algunas prisiones y desertores hechos por ambas partes, apreciaciones más ó menos fundadas sobre el alcance y efecto útil del Chassepot y del fusil de aguja, anécdotas y dichos agudos probablemente inventados en la redacción de algún periódico, han sido los acontecimientos que han ocupado á la prensa extranjera durante el mes de julio y con los que á falta de cosa más interesante ha procurado entretejer el ánimo impaciente, leñísimo de los aficionados á grandes sensaciones que de las personas caritativas y humanitarias, que convenidas ya de que la guerra es inevitable, ansían que empiece, con la esperanza de que acabe pronto.

Son tan inesperados y sorprendentes los acontecimientos de los últimos días, que apenas puede comprenderse toda su trascendencia. Fíales á nuestra tarea de cronistas, procuraremos coordinarlos.

No hay exageración en decir que el mundo miraba con asombro la inactividad del ejército de Francia, cuyo plan sólo se ha revelado por movimientos estratégicos sin objeto definido. ¿Vacilaba el emperador al ver levantarse toda Alemania como un sólo hombre? ¿Esperaba quizás el resultado de sus negociaciones en Copenhague, Florencia, Viena y Stockolmo? Lo cierto es que perdió irreparablemente un tiempo precioso, mientras los alemanes completaban sus preparativos.

Habiendo Napoleón III declarado la guerra con extraña precipitación, nadie dudaba que tuviera dispuestos todos los recursos para tomar inmediatamente la ofensiva; y así se lo aconsejaban la situación política de Francia, el carácter fogoso de sus tropas y la seguridad de no encontrar resistencia entre el Mosela y el Rhin.

Los prusianos no podían haber hecho más que defenderse, apoyados en las plazas fuertes de Maguncia, Colonia y Coblenza. El ejército francés ocupaba una posición que solo era apropiada para la guerra defensiva; en línea de batalla presentaba dos frentes al enemigo, formando un ángulo saliente, cuyo vértice era Wissemburgo y cuyos lados se extendían hasta Strasburgo y Thionville. Trascurrieron diez y seis días sin oír más que escaramuzas de avanzadas. Al ataque contra la ciudad fronteriza de Saarbrück, dirigido por el general Frossard con una fuerza imponente y 23 cañones, no se dió importancia de parte de los alemanes. Tenían éstos allí unos 700 á 800 hombres, encargados del servicio de avanzadas, y cumpliendo la orden que habían recibido anticipadamente, se retiraron combatiendo, después de haber perdido setenta soldados y dos oficiales; pero se retiraban de tan mala gana, que su capitán tuvo que obligarles á pasar el río con el revolver en la mano.

El emperador Napoleón, sin embargo, quedó muy satisfecho de que su hijo recibiera allí el bautismo de

fuego y de que se hubieran estrenado las ametralladoras.

Esta acción, que tuvo lugar el 2 de agosto, debía servir de entretenimiento á los parisienses. Napoleón III volvió enseguida á Metz. No accedió á la petición del alcalde de aquella fortaleza, que deseaba celebrar la victoria con un repique de campanas, y parecía dispuesto á continuar en la defensiva una semana ó dos.

A partir de los primeros días de agosto, se observa el avance general de los alemanes, desde su segunda línea sobre el Rhin hasta su primera línea sobre el Saar y el Lauter. Sitúase el príncipe Federico Carlos con el ejército alemán del Norte entre Tréveris y Saarbrück, mientras el ejército del Centro, capitaneado por el rey Guillermo y el general Steinmetz, avanzó hácia Krenznach y Kaiserslautern. Simultáneamente se dirigía el príncipe real de Prusia con el ejército del Sur de Alemania desde Mannheim y Rastat, pasando el Rhin, á Germersheim y Landau, amenazando los flancos del ejército francés. Estas operaciones parecían producir desconcierto é incertidumbre en el consejo de guerra imperial, determinándose sobre toda la línea francesa un movimiento general de derecha á izquierda. El ejército del mariscal Mac-Mahon, que tenía su cuartel general en Strasburgo, fué á ocupar la línea fronteriza del Lauter, á Biehe, Lauterburgo y Wissemburgo, quedando su posición muy debilitada. Aprovechóse de esta falta el príncipe real, y el día 4, al romper el alba, cayó inesperadamente sobre la división del general Douay en Wissemburgo.

El primer cuerpo de ejército bávaro y un regimiento de granaderos de la guardia real prusiana, protegidos por el fuego mortífero de su artillería, atacaron á la bayoneta los atrinchamientos levantados en las alturas y en la ciudad fortificada. La resistencia fué tenaz, y sólo después de haber recibido refuerzos (dos regimientos prusianos de Silesia), consiguieron los alemanes tomar por asalto la ciudad y el monte de Cañras. El bizarro general Douay buscó y halló la muerte en la pelea. Ambas partes tuvieron pérdidas muy considerables: los alemanes hicieron 800 prisioneros, contándose entre ellos 18 oficiales.

El mariscal Mac-Mahon parece haber llegado tarde al sitio del combate, y sin tropas suficientes para disputar la victoria. Desandando, quizás, vengar la derrota de Douay, concentró al día siguiente su cuerpo de ejército, reforzado con parte de las divisiones de De Failly y Camobert, en una posición ventajosa entre Woerth y Haguenau (Reichshofen); y allí esperó al príncipe real, quien había ya reunido la mayor parte del suyo. Empeñóse entonces una batalla muy reñida, durando todo el día, y concluyendo por la destrucción completa del ejército francés.

El mismo día (3 de agosto) la vanguardia del ejército alemán del Centro avanzó hacia el N., y el día siguiente el general Steinmetz atacó la posición del general Frossard en Forbach y Saarbrück, casi inexpugnable, en la meseta delante de Spickeren. Los prusianos tomaron la posición por asalto, y los franceses tuvieron que emprender la retirada al cerrar la noche.

Se comprende la satisfacción del anciano rey de Prusia, que, dirigiéndose á la Reina Augusta, la participó telegráficamente este triunfo de Woerth con las siguientes palabras:

«¿Qué honor y qué gran victoria alcanzados por Fritz (Federico).—¡Gloria á Dios por sus mercedes.—Hemos recogido 30 cañones, dos águilas (banderas), seis ametralladoras y 4.000 prisioneros.—Mac Mahon había recibido refuerzos del ejército principal.—GUILLEMO.»

El entusiasmo del rey se extendió inmediatamente por los pueblos de Alemania, y en la humilde cabaña como en el alcázar real resonó por algunos días un solemne é interminable *Te Deum*.

Contrista, sin embargo, ver de qué manera paga Francia su obscenidad. París ofrece estos días un espectáculo desconsolador. No quiere creer la falsa realidad de los hechos, y pasa por una crisis de esas que forman época en la historia de las naciones.

Al saberse la derrota de Wissemburgo, la emperatriz de los franceses se trasladó á París y publicó un manifiesto lleno de firmeza y de dignidad. Al mismo tiempo se convocaron las Cámaras, cuyo primer voto produjo la caída del ministerio. Fué encargado de formar nuevo gabinete el mariscal de Montauban, conde de Palikao. Decretóse que todos los hombres hasta la edad de treinta años ingresaran en la guardia móvil, y que los ciudadanos de treinta á cuarenta formaran parte de la guardia nacional sedentaria. Pero el pueblo, cuya percepción es tan rápida, cuya imaginación es tan viva, se encuentra ya con la guerra encima, invade las calles apesar del estado de sitio, y clama por un levantamiento

en masa. El pueblo sin duda arde en deseos de sacrificarlo todo por el honor de la patria; pero nadie sabe cómo comprenderá este honor (el honor de la nación). Ligero y apasionado, el pueblo francés pasa de un extremo al otro; de la soberbia y de la esperanza, al desaliento, á la exasperación, al frenesí. Consideraban los parisienses la guerra con una impremeditación tal, que les causaron gran extrañeza las graves palabras del emperador: «una guerra larga y penosa nos espera... No pensaban más que en «castigar la insolencia» de los prusianos, en marchar hácia el Rhin, en llevar con empuje irresistible el pabellón francés á Berlin, en volver triunfantes, en honrar á los muertos y en embriagarse de gloria. Ahora, después de un mortal silencio, después de la efímera y supuesta victoria de Saarbrück, sucedense con aterradora rapidez telegramas anunciando que el ejército es sorprendido, derrotado, rechazado en todas partes, desacreditados sus generales, invadiendo la Alemania, como un torrente desbordado, el suelo sagrado de la patria. Nadie puede prever lo que sucederá, si el delirio se apodera del cerebro y del corazón de Francia.

Los ministros, lejos de calmar esta sobreexcitación, piden una muralla de pechos lentos; piden que el pueblo se levante fraterno jurando emprender la lucha sagrada. El *Diario oficial* invoca «un francés sublime y patriótico contra los invasores, que han de encontrar en Francia su tumba».

«Dios da á los pueblos, añade, ocasiones sempiternas para demostrar lo que son y de qué son capaces... Esta hora ha sonado para Francia.»

Al notar que en todos los manifiestos se omite el nombre del emperador, que se evita toda alusión al imperio, ¿quién está libre de pensar en su caída, sea por abdicación ó sea revolucionariamente? ¿Quién se acuerda ya, en sus horas de agonía, del monarca cuya política sagaz elevó á Francia á un grado desconocido de prosperidad, enalteciendo su nombre y su influjo sobre los demás Estados? El pueblo que se arrojó ebrio de júbilo á los pies de su caballo cuando volvió triunfante de Italia, le desprecia hoy... Quizás retumben en los oídos de Napoleón, envajecido y quebrantado, los lamentos, las maldiciones y los gritos de rabia, más aterradores que el cañoneo del enemigo; y sin embargo, Napoleón tendrá que afrontar la vista de su pueblo iracundo.

Se dice que Mac-Mahon procura concentrar en Saverne sus fuerzas, dispersadas después de dos encuentros desastrosos. Algunas divisiones del ejército principal ocupan fuertes posiciones á la entrada de los Vosgos. El príncipe real tiene que forzar el paso por uno de estos desfiladeros, sea que intente perseguir á Mac-Mahon para franquearse el camino de Nancy, sea que intente reunirse con el ejército alemán del Centro, cuya vanguardia ha llegado á S. Avold. Avanzará hácia Metz el ejército del Centro con el príncipe real, ó sin él, tan pronto como las tropas hayan descansado de sus victorias. Una vez pasado S. Avold y Boulay, los alemanes entrarán ya en país comparativamente llano, y los franceses no tendrán la inmensa ventaja de ocupar fuertes posiciones en los futuros encuentros.

¿Cuál será la resolución del emperador? ¿Se apresta á librar una batalla decisiva delante de Metz? ¿Trasladará su cuartel general á Chalons? Cada hora que pierde en Metz aumenta el peligro para Francia y para el imperio. Verdad es que dispone todavía de tres cuerpos de ejército intactos: pero intacto se halla también el ejército del príncipe Federico Carlos. La retirada á Chalons en presencia del enemigo está llena de peligros, desalentaría á los soldados y aumentaría el frenesí de París. Pero exponer el resto de sus heroicas legiones á una destrucción completa, sin saber si el enemigo se le adelanta en la marcha sobre la capital, es, por otro lado, un sistema cruel, una alternativa terrible.

El emperador dispone todavía de una fuerza considerable, que no ha tomado parte en la lucha. Dentro de Metz y en sus alrededores hay 130.000 hombres, de los cuales 50.000 pertenecen al cuerpo de ejército del mariscal Bazaine (incluyendo probablemente alguna división del general De Failly), 30.000 del cuerpo del general Ladmirault, y la guardia imperial, al mando del general Bonbraki, compuesta de 25.000 plazas.

Tal es el estado de las cosas al entrar en prensa nuestro número de hoy, y concluye lo que podríamos llamar primera parte de la campaña franco-prusiana.

CAÑON PRUSIANO

DE PLAZA Y COSTA.

Durante la Exposición universal de 1887, los curiosos que penetraban en el departamento prusiano quedaban sorprendidos ante un cañon enorme, verdadero monstruo, de acero, regalado por su constructor monsieur Krupp al rey Guillermo. Sobresalía tan en primer término entre los demás objetos de la industria prusiana, que no faltó algun malicioso que creyera ver en él algo semejante á una pilla de Mr. Bismarck al pueblo francés, que ya por entonces comenzaba á sentir la guerra que al cabo ha estallado entre estos dos países.

Este célebre cañon forma parte de las defensas marítimas de Prusia, habiéndosele colocado á la entrada del nuevo puerto de Fahde, que protege la plaza de Breme.

Su peso es 50.000 kilogramos; el del proyectil sólido 850 y 490 el del hueco, cuya carga interior la componen ocho kilogramos de pólvora.

El diámetro del ánima es de 366 milímetros y la longitud de la pieza 5 metros 34 centímetros, contribuyendo á darle mayor fuerza y alcance 40 estrías que describen espirales convergentes.

El cañon descansa sobre una cureña de acero fundido del peso de 15.000 kilogramos, colocada sobre una armadura de 25.000, de modo que el peso total puede calcularse en 90.000 kilogramos.

EL GENERAL CARLOS ABEL DOUAY.

Por una dolorosa coincidencia el valiente general Douay ha sido muerto en el mismo día que celebraba la fiesta de su cumpleaños.

El *Moniteur*, al dar detalles acerca de este desgraciado suceso, añade que, segun relacion de algunos amigos suyos, el general marchó á la guerra, aunque satisfecho por ir á la frontera á cumplir su deber defendiendo el honor de la patria, lleno de presentimientos tristes.

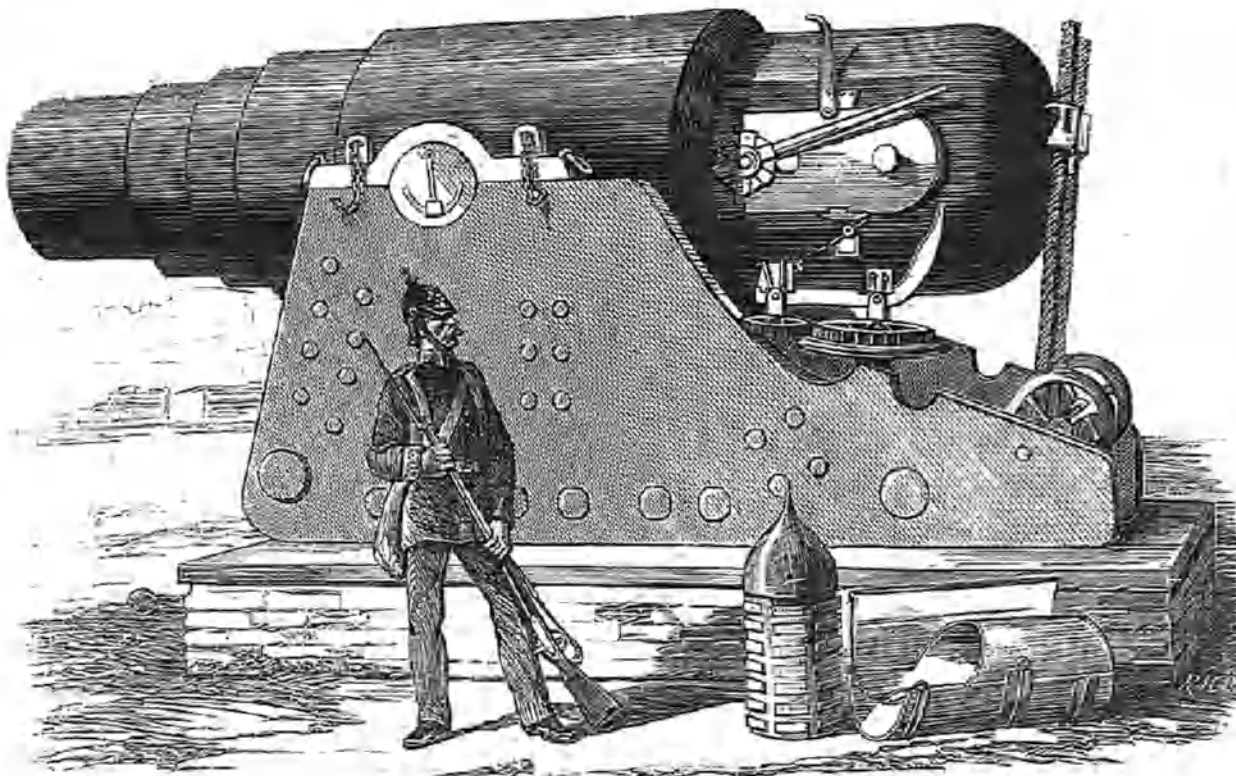
Al despedirse de las personas de su intimidad, repartió entre ellas varias armas notables, á las que era muy aficionado, recomendándoles las conservaran como un recuerdo. La víspera de su muerte escribió á su familia desde el campamento, situado al pié de las murallas de Wisemburgo. En esta carta les noticiaba que al día siguiente iba á hacer con su division un reconocimiento peligroso en la frontera, daba á conocer su última voluntad caso de un accidente desgraciado, y recomendaba al cardenal Mathieu el cuidado de su mujer y sus hijos, con frases conmovedoras en que se traslucía un profundo sentimiento de tristeza.

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, su hermano, el general Félix Douay, estaba almorzando con algunos oficiales superiores en el campamento de otra division, cuando recibió un despacho urgente. Lo leyó en voz baja y se levantó exclamando: ¡Qué desgracia tan horrible!

Acababa de saber el destrozo causado por los prusianos en la division francesa, y la muerte de su hermano mayor en Wisemburgo.

El general Carlos Abel Douay, apesar de sus sesenta y un años, gozaba de salud perfecta, y en la animacion de su mirada y el aspecto marcial de su figura se conocia la juventud del valeroso espíritu que le animaba y que le habia llevado á distinguirse de tan notable manera entre los más esforzados jefes del ejército francés. Su carrera militar es un resumen de las glorias del segundo imperio y casi debe conceptuarsele feliz por haber muerto gloriosamente sin presenciar sus desastres.

En 1844 era jefe de batallon en el 2.º regimiento de



CAÑON PRUSIANO DE PLAZA Y COSTA.

líneas; en 1848, comandante del 8.º batallon de cazadores de a pié, teniente coronel del 43 de línea, y coronel en 7 de enero de 1852. Mandó el 65 regimiento de infantería hasta 1855, en que recibió el mando del 2.º de cazadores de la guardia, al frente del cual se halló en el sitio de Sebastopol.

A la vuelta de Oriente, y ascendido á general de brigada en diciembre de 1855, obtuvo el mando de una brigada en el ejército de Lyon. En 1859 fué nombrado jefe de la 2.ª brigada de la 1.ª division del 4.º cuerpo. La mañana de la batalla de Solferino, encargado el general Douay, en el llano de Medole, de operar sobre la izquierda y apoderarse de la aldea, pasó enérgicamente á través de todos los obstáculos, apoderándose una á una de todas las casas y quintas de recreo que defienden la posición; despues se lanzó sobre el enemigo hacia Rebecco, aldea situada sobre el ramino de Guidizzolo.

El general se distinguió mucho en esta jornada. Despues de la campaña se le confirió el mando de una brigada del ejército de París, y posteriormente el muy importante de Lyon y de la subdivision del Ródano, hasta el 19 de agosto de 1866 en que ascendió á general de division.

En la guerra actual era jefe de la 2.ª division del primer cuerpo de ejército que manda el mariscal MacMahon, y tenia á sus órdenes las brigadas del general

que sólo lo conoce pintado en los jarros de porcelana, en los biombos y en los países de abanicos.

Hoy nos limitamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, ofreciéndoles el retrato de los dos magnates chinos, que por encargo de su emperador vienen á estrechar las relaciones de aquel vasto imperio con nuestro país, que en cierto modo puede llamarse vecino, toda vez que posee las islas Filipinas, tan próximas á sus puertos comerciales.

CAPILLA PROTESTANTE DEL CULTO EVANGÉLICO

EN MADRID.

Esta capilla, de la cual ofrecemos un dibujo, es la primera que con ciertas condiciones de espaciosidad se ha consagrado en Madrid al culto evangélico.

Al decretarse la libertad religiosa, se proyectó la creacion de un templo de grandes proporciones arquitectónicas, del cual llegamos á ver los planos; pero hasta ahora la modesta capilla establecida en la calle de la Madera es la única que representa en Madrid el esfuerzo de la Sociedad Evangélica de Londres para propagar sus ideas entre nuestros compatriotas.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 19 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados *exclusivamente españoles*, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Tres meses	27	reales.
Medio año	42	"
Un año	80	"

EN PROVINCIAS.

Tres meses	30	"
Seis meses	54	"
Un año	100	"

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año	90	"
Un año	160	"

AMÉRICA Y ASIA.

Un año	200	"
Cada número suelto en 10 céntimos.	4	"

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Itzig y almacén de papel de Barrio, Corredor Baja, núm. 89.
PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.

Tres meses las dos publicaciones	38	reales.
Medio año	62	"
Un año	100	"

EN PROVINCIAS.

Tres meses	50	"
Medio año	90	"
Un año	170	"

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año	200	"
Un año	350	"

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.
Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de La Propaganda Literaria.